

Fernando PRADOS MARTÍNEZ ^a, Helena JIMÉNEZ VIALÁS ^b y Antonio GARCÍA MENÁRGUEZ ^c

De la Astarté fenicia a la diosa-madre ibérica. Análisis de la documentación arqueológica del santuario del Castillo de Guardamar (Alicante)

RESUMEN: Este artículo se concentra en las fases más antiguas del yacimiento ubicado en el cerro del Castillo de Guardamar del Segura (Alicante). Junto a la presentación de un lote de materiales arqueológicos en su mayoría inéditos o poco conocidos, se plantea la existencia de un santuario que pudo estar activo desde el siglo VIII a.C. A partir del análisis de los distintos hallazgos y de la iconografía de las terracotas existentes, se propone una advocación para este espacio sacro: la diosa Astarté fenicia, cuyo culto se pudo prolongar en este lugar a lo largo de prácticamente todo el primer milenio a.C.

PALABRAS CLAVE: santuario, Astarté, religión fenicia, colonización, religión ibérica, terracotas, pebeteros.

*From Phoenician Astarte to the Iberian Mother-Goddess.
Analysis of the archaeological documentation
from the sanctuary of Castillo de Guardamar (Alicante)*

ABSTRACT: This article focuses on the earliest phases of the site located on the hill where the castle of Guardamar del Segura (Alicante) lies. Along with the presentation of several mostly unpublished or little-known archaeological materials, the existence of a sanctuary that could have been active since the 8th century BC is proposed. Based on the analysis of the different finds and the iconography of terracotta figurines, the dedication of this sacred space is proposed: Phoenician goddess Astarte, whose cult would have continued throughout practically the entire first millennium BC in this place.

KEYWORDS: sanctuary, Astarte, Phoenician religion, colonization, Iberian religion, terracotta, perfume-burner

a Institut Universitari d'Investigació en Arqueologia i Patrimoni Històric. Universitat d'Alacant.
fernando.prados@ua.es | <https://orcid.org/0000-0001-8441-8508>

b Departamento de Prehistoria, Historia Antigua y Arqueología. Universidad Complutense de Madrid.
heljimen@ucm.es | <https://orcid.org/0000-0002-9679-6968>

c Museo Arqueológico de Guardamar.
agarciamenarguez@gmail.com | <https://orcid.org/0000-0001-9453-1133>

INTRODUCCIÓN. ENTRE FENICIOS E ÍBEROS: UN SANTUARIO EN LA DESEMBOCADURA DEL SEGURA

Desde finales del siglo XX el tramo final del río Segura próximo a su desembocadura ha adquirido un singular protagonismo en lo que concierne a la investigación arqueológica protohistórica (fig. 1). En este marco hay que incluir las campañas llevadas a cabo en varios poblados ibéricos señeros: en la orilla norte El Oral y La Escuera, situados ambos en el término de San Fulgencio (Abad y Sala, 1993; Abad y Sala, 2001) y en la meridional el Cabezo Lucero, en el término de Guardamar (Aranegui et al., 1993; Rouillard, 2010). El descubrimiento años más tarde de los asentamientos fenicios de La Fonteta (González Prats, 2010; Rouillard et al., 2007) y del Cabezo Pequeño del Estañó (García Menárguez, 1995; García y Prados, 2014) fechados entre principios del siglo VIII y finales del VII a.C., permitieron conocer mucho mejor tanto el origen como el desarrollo de la floreciente cultura ibérica en el sureste (Abad, 2010).

Pero existe otro yacimiento, menos conocido para las fases más antiguas, que consideramos fundamental dar a conocer con detalle por sus especificidades: el Castillo de Guardamar. En unas campañas llevadas a cabo en 1993 y 1995, motivadas por la restauración de la fortaleza bajomedieval y moderna, se realizaron actuaciones arqueológicas en la zona llamada “cuartel de Caballería” (Bevià, 1986). Los resultados no sólo contribuyeron a fijar los criterios para guiar las actuaciones de restauración, sino que, además, permitieron ampliar la secuencia cultural y cronológica del yacimiento. Aunque ya se

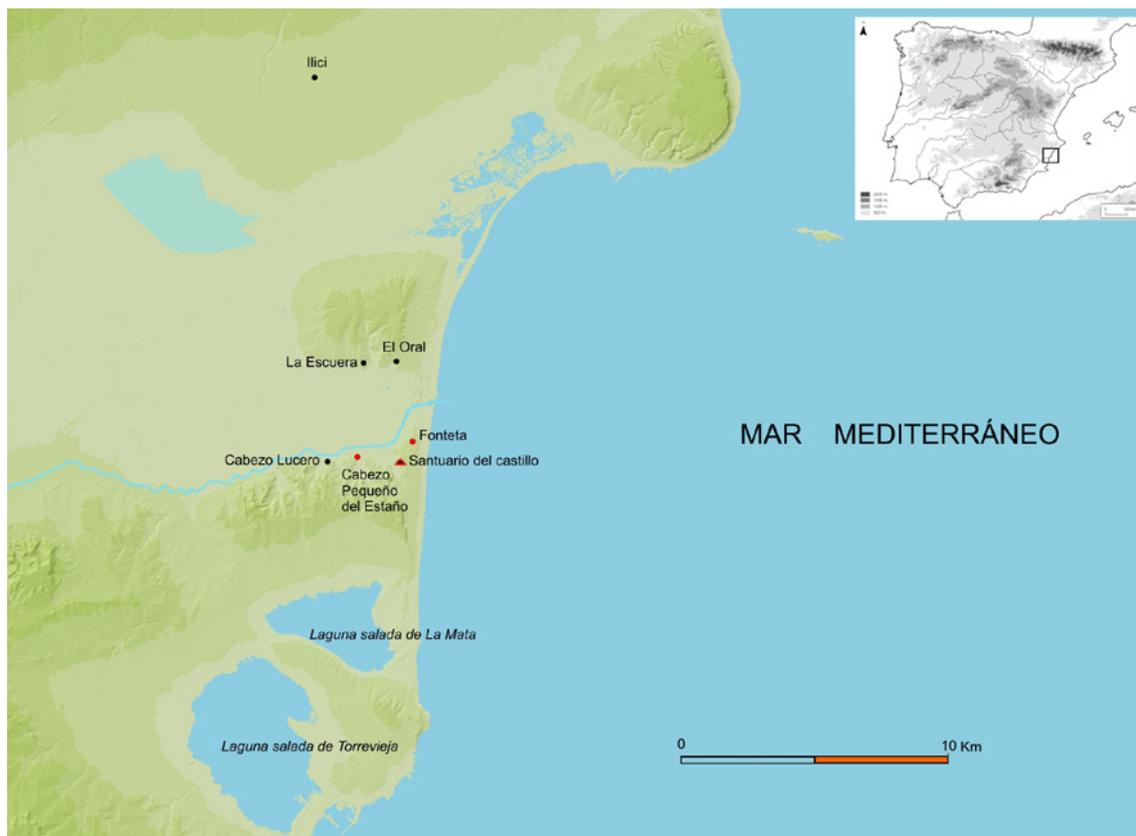


Fig. 1. Mapa de la desembocadura del río Segura con indicación de los principales yacimientos fenicios e ibéricos mencionados en el texto.

había reconocido una fase ibérica gracias a los trabajos de excavación dirigidos por el profesor L. Abad en 1982 (Abad, 1986: 151) en las citadas campañas se documentó una fase de ocupación correspondiente a la primera Edad del Hierro (García Menárguez, 1992-1993).

Como ya se ha expuesto en trabajos previos (por ejemplo, García Menárguez, 1995 y 2010), la novedad que ello suponía quedó limitada por la naturaleza de los niveles arqueológicos excavados, ya que el registro había padecido intensos procesos postdeposicionales de génesis antrópica. Pese a ello, y tras la actual revisión de los materiales, junto a la documentación gráfica, el conjunto dibuja un interesante panorama que, como vamos a referir, subraya su función sagrada durante un largo periodo histórico.

La primera referencia sobre el posible carácter cultural del Castillo de Guardamar se remonta al siglo XVI. La noticia la proporciona E. Gisbert quien, citando al canónigo D. Juan Cival, comenta que *en 1594 se encontró en las cercanías de la villa* (posiblemente en el cerro del Castillo) *una estatua de bronce representando a Mercurio, de unos dos palmos de altura* (Gisbert y Ballesteros, 1901). En el siglo XVIII Joseph Montesinos menciona más hallazgos, destacando la aparición de varias inscripciones y un tesoro de monedas romanas (Montesinos, 1795). Otras evidencias arqueológicas las recoge el mismo Montesinos citando a *Don Joseph Claramunt, canónigo de la Iglesia de Orihuela e hijo de esta Villa de Guardamar, halladas con motivo de unas excavaciones junto a la Iglesia de la Villa* (García Menárguez, 2010).

El término *Castillo* con que se conoce comúnmente a este yacimiento en realidad se corresponde con la villa amurallada bajomedieval y moderna que, desde finales del siglo XIII hasta el primer tercio del siglo XIX, ocupó el cerro que se levanta a espaldas de la actual localidad de Guardamar. La destrucción y abandono de esta fortaleza tuvo lugar como consecuencia del terremoto de 1829, que asoló muchos pueblos de la comarca alicantina de la Vega Baja del Segura. En Guardamar, la villa amurallada fue reducida a escombros, obligando a sus habitantes a levantar una población de nueva planta en el llano, a los pies del cerro y separada del mar por la duna litoral (fig. 2).



Fig. 2. Vista aérea del castillo y su entorno costero. El cuadro señala el lugar donde se concentran la mayor parte de los hallazgos (fotografía MAG-Museo Arqueológico de Guardamar).



Fig. 3. Aspectos diversos de la factoría fenicia del Cabezo Pequeño del Estaño. Vista aérea y foso defensivo (arriba). Manzana de casas y taller metalúrgico (abajo).

Con una altura máxima de 64 m sobre el nivel del mar, esta meseta alargada se compone geológicamente de margas, calizas y areniscas pliocuaternarias. Presenta defensas naturales por todos sus lados, menos por el que mira al norte, donde la pendiente desciende suavemente hasta alcanzar el curso fluvial del Segura. Esta topografía garantiza la defensa y permite el dominio directo de su entorno en 360°. La cuenca visual incluye el tramo final del valle aluvial, la Vega Baja, y toda la bahía que se abre desde el Cabo de Santa Pola y la isla de Tabarca hasta el Cabo Cervera, el *sinus Ilicitanus* que citan autores clásicos como Pomponio Mela (*Chorog.*, II, 93) o Plinio (*N.H.*, III, 4, 19-20).

Para los navegantes fenicios, estas condiciones naturales no pudieron pasar desapercibidas: prueba de ello son las instalaciones estables que se fueron fundando en el entorno. El cerro, entendido como accidente costero, señalaba la existencia de un buen puerto y del lugar donde virar hacia la factoría del Cabezo Pequeño del Estaño, fundada en la primera mitad del siglo VIII a.C., y ubicada a un kilómetro escaso en línea recta. Este enclave fortificado (fig. 3) cumplió los requisitos propios de las primeras instalaciones fenicias (García y Prados, 2014 y 2017): se fundó sobre un espolón de altura moderada, de una superficie de algo más de una hectárea, con un buen fondeadero, rodeado de una lámina de agua por tres de sus cuatro partes y al abrigo de los vientos dominantes. Por delante del cerro del Castillo discurrían las principales rutas náuticas que utilizaron este tramo de la costa como cabeza de puente tanto en los viajes de ida hacia el estrecho de Gibraltar y el océano Atlántico, como los de vuelta hacia las Baleares, Cerdeña, Sicilia y el Mediterráneo oriental. No cabe duda de que las fundaciones fenicias de Sa Caleta e *Ybusim* (Ibiza), desde una perspectiva de la navegación por el Mediterráneo, jugaron un rol fundamental como bases intermedias

en las rutas marítimas que unieron oriente y occidente (Ruiz de Arbulo, 2000; Aubet, 2009). Algo similar sucedería con el Castillo y las colonias fenicias de Guardamar, a medio camino entre las citadas islas y el área tartesia, más allá de las columnas de Hércules.

Como veremos más adelante, creemos que su prominencia, que lo convierte en el accidente geográfico más destacado de la desembocadura, fue determinante para su sacralización. Aún hoy día, para cualquier embarcación que pretenda llegar navegando hasta la gola del Segura, el cerro del Castillo constituye una referencia geográfica de primer orden, pues visto desde el mar se erige como el hito más destacado de la costa. En la toponimia local se le considera una referencia básica para los pescadores (Sempere, 1991).

2. LAS INTERVENCIONES ARQUEOLÓGICAS: LOS NIVELES PROTOHISTÓRICOS

Desde las primeras excavaciones se constató que la estratigrafía había sido en gran medida alterada por las construcciones medievales y modernas (Abad, 1986; 1992). Pese a ello, en todos los cortes se documentaron materiales de diferentes épocas y usos, sobresaliendo por su singularidad los de carácter religioso. De entre éstos, destacaron los denominados pebeteros de terracota en forma de cabeza femenina (fig. 4), sin duda el conjunto mejor estudiado y conocido de este yacimiento (Abad, 2010). De hecho, del total de materiales protohistóricos recuperados en las excavaciones y prospecciones el porcentaje de los fragmentos de pebeteros supuso casi el 50 %. Esta cuestión indicaba, en paralelo, la escasa presencia de registro arqueológico propio de un hábitat, algo sobre lo que volveremos después. Los datos permitían inferir que en la cota más alta del cerro del Castillo pudo existir un espacio sacro, quizás un santuario cuyo uso se prolongó en el tiempo, adquiriendo su máxima expresión en época ibérica, entre los siglos IV y I a.C. a tenor de los materiales, especialmente las citadas terracotas (Abad, 2010: 60).



Fig. 4. Conjunto de pebeteros ibéricos de terracota tipo “Guardamar” (fotografía MAG-Museo Arqueológico de Guardamar).



Fig. 5. Vista del corte A (excavaciones de A. García Menárguez, 1993).

La intervención arqueológica de urgencia de 1993 se concentró en la muralla oriental del Castillo. En esa campaña, la excavación del corte A (fig. 5) permitió exhumar en su cara externa un potente relleno que sirvió para sellar, durante las reformas renacentistas, un foso tallado en la roca como defensa avanzada de la muralla bajomedieval. La excavación de este sector sirvió para observar que la instalación de esta muralla seccionó el registro estratigráfico de los niveles previos de la Edad del Hierro, pero no supuso su desmantelamiento.

Una vez retirados los estratos recientes, generados con posterioridad al sismo de 1829, afloró un pavimento de época moderna que cubría los niveles inferiores. Debajo se documentó un segundo suelo de tierra margosa de color amarillento y verdoso compactada, relacionado con la ocupación de época ibérica. Lo interesante es que sellaba un último estrato compuesto por tierra y piedras menudas que regularizaba las oquedades de la roca base.

Presuponemos que este último nivel debió de estar asociado a alguna estructura arquitectónica, según se desprende del hallazgo de improntas vegetales sobre el barro, quizás de la techumbre. El conjunto de materiales, aunque no muy abundante, era tremendamente significativo: primero, porque estaba ubicado bajo un nivel de época ibérica que lo sellaba, y, segundo, porque se podía adscribir en su totalidad al Hierro Antiguo.

De todo el lote cabe subrayar el hallazgo de varios elementos relacionados con la artesanía textil. En concreto, una fusayola biconica, con perforación central y varias pesas de telar, algunas de ellas en buen estado de conservación, de las denominadas de doble perforación y escotadura en “V” (fig. 6), que aparecieron formando línea recta, junto a los restos de un fragmento de madera carbonizada. Ello posibilitaba interpretar este hallazgo como parte de un telar de bastidor, aparecido en posición primaria.

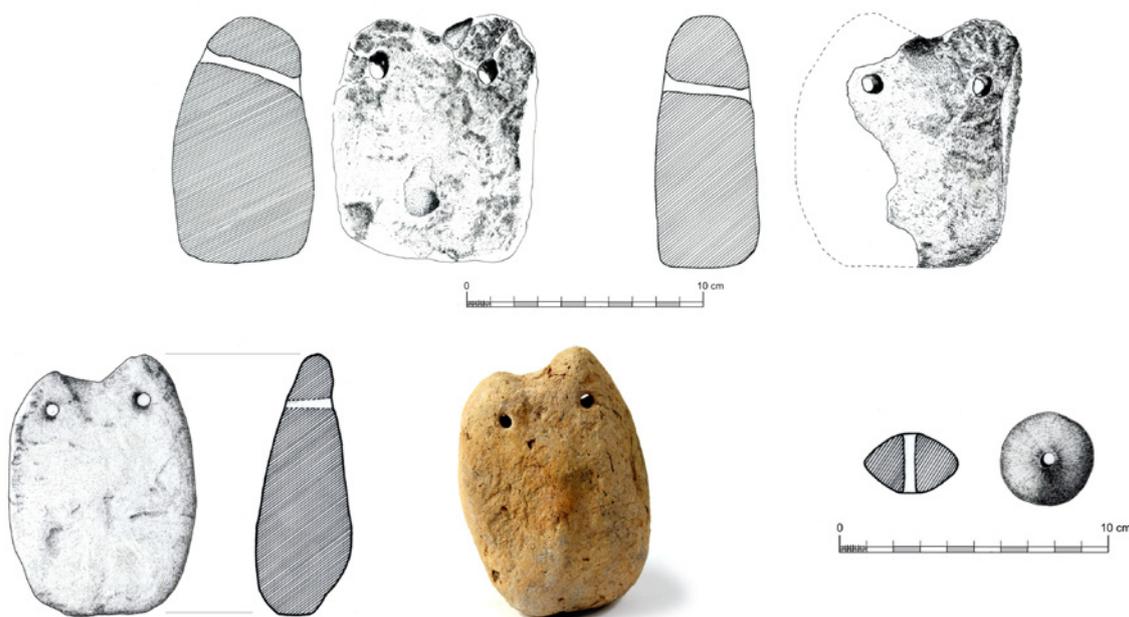


Fig. 6. Pesas de telar y fusayolas recuperadas en las excavaciones del Castillo.

Junto a estos elementos se recuperaron fragmentos de cerámica muy tosca, fabricada a mano, representativa de los tipos clásicos de la vajilla del Bronce Final y del Hierro Antiguo del sureste. Junto a la cerámica a mano se localizó cerámica a torno, destacando un fragmento de hombro perteneciente a un ánfora fenicia del grupo de las T-10, de procedencia malagueña. Se trata en su conjunto de un elenco cerámico similar al que se localiza en la factoría del Cabezo Pequeño del Estaño (García y Prados, 2014: 129).

En 1995 prosiguieron los trabajos con la excavación del corte B, contiguo al anterior por su lado sur (fig. 7). En este caso, los materiales arqueológicos fenicios aparecieron asociados a un área de desechos, formada por un estrato de color oscuro de unos 50 cm de espesor. Se documentó una decena de huesos de mamíferos (ovicaprinos y lepóridos) y malacofauna terrestre (gasterópodos del tipo *Iberus alonensis*) y marina, sobresaliendo las lapas del género *patella* y las peonzas tipo *Monodonta turbinata*. Por el contexto y los hallazgos daba la impresión de que se había seleccionado y acondicionado un área de desechos o basurero, aprovechando una depresión entre las rocas de arenisca y calizas de la base del cerro (García Menárguez, 1992-1993).

Indicativo de la actividad que reflejaba este basurero, junto a la fauna, no muy abundante a excepción de la malacológica, se recogieron algunas cerámicas a mano muy fragmentadas y un trozo de borde de un plato de barniz rojo fenicio que podría fecharse hacia mediados del siglo VIII a.C. como veremos en el siguiente apartado. Aparecieron también otras cerámicas a torno, entre ellas varios fragmentos de plato de cerámica gris, así como un asa y otros fragmentos del cuerpo de un ánfora del tipo T-10 de producción fenicia occidental (fig. 8).

Siguiendo una lectura inversa de la estratigrafía, este basurero fue cubierto por un nivel de tierra arcillosa perteneciente al periodo denominado Ibérico Antiguo (ss. VI-V a.C.). De este periodo se documentó un muro de mampostería, con una orientación SE-NO, que conservaba una longitud de unos 3 m de largo por unos 50 cm de ancho conservados. Se le asociaba un pavimento de adobes, con algunos ejemplares cuadrados de 30 x 30 cm y otros rectangulares de 30 x 25 cm, muy similares a los que se conocen en las casas destacadas del vecino poblado de El Oral (habitaciones IVH2 y IVH4; Abad y Sala, 2001: 68).



Fig. 7. Fotografía del corte B (excavaciones de A. García Menárguez, 1995).

El registro asociado a este pavimento no fue abundante, pero sí significativo como para reconocer una clara ocupación durante el periodo Ibérico Antiguo: varios fragmentos de ánforas y la parte superior de un plato de cerámica gris, de carena alta y borde exvasado. Se recogieron restos de malacofauna, en este caso gasterópodos terrestres. Sobre el nivel de abandono que sellaba esta fase la estratigrafía apareció muy alterada por las fosas bajomedievales. Aun así, se pudo exhumar un pequeño hogar, de forma rectangular, junto al perfil sur del corte. El estrato grisáceo asociado a éste contenía algunas bolsadas con restos de carbón y materia orgánica como consecuencia de la estructura de combustión, ofreciendo un registro donde se documentaron ecofactos: pocos restos óseos de ovicaprinos, cáscaras de huevo de avestruz y de nuevo malacofauna. Se recuperaron también fragmentos de cerámicas ibéricas con decoración geométrica, de barniz negro y otras ya de época romana. Lo escaso del registro faunístico no parece resultado de una ocupación estable y un consumo de tipo doméstico, por lo que habría que pensar en prácticas rituales, sobre todo si lo comparamos con los volúmenes procedentes de los hábitats fenicios próximos (Moreno, 1996; Iborra, 2007).

De esta intervención cabe destacar por último la localización de varios fragmentos de terracota de época ibérica, correspondientes a exvotos de pebeteros de cabeza femenina, con las facciones del rostro algo desfiguradas, encuadrables dentro del Grupo 2 de L. Abad (2010). Este hallazgo, como veremos, viene a sumarse a la interpretación ritual y a la existencia de un espacio sacralizado en época ibérica, situado en la cima del cerro, que se emplaza en el sector meridional.

Las últimas intervenciones arqueológicas realizadas durante 2019 por la empresa *Alebus Patrimonio Histórico S.L.*, han vuelto a incidir especialmente en la misma problemática, corroborando la existencia de una fase de ocupación histórica correspondiente al Hierro Antiguo a la que se superpone otra de época

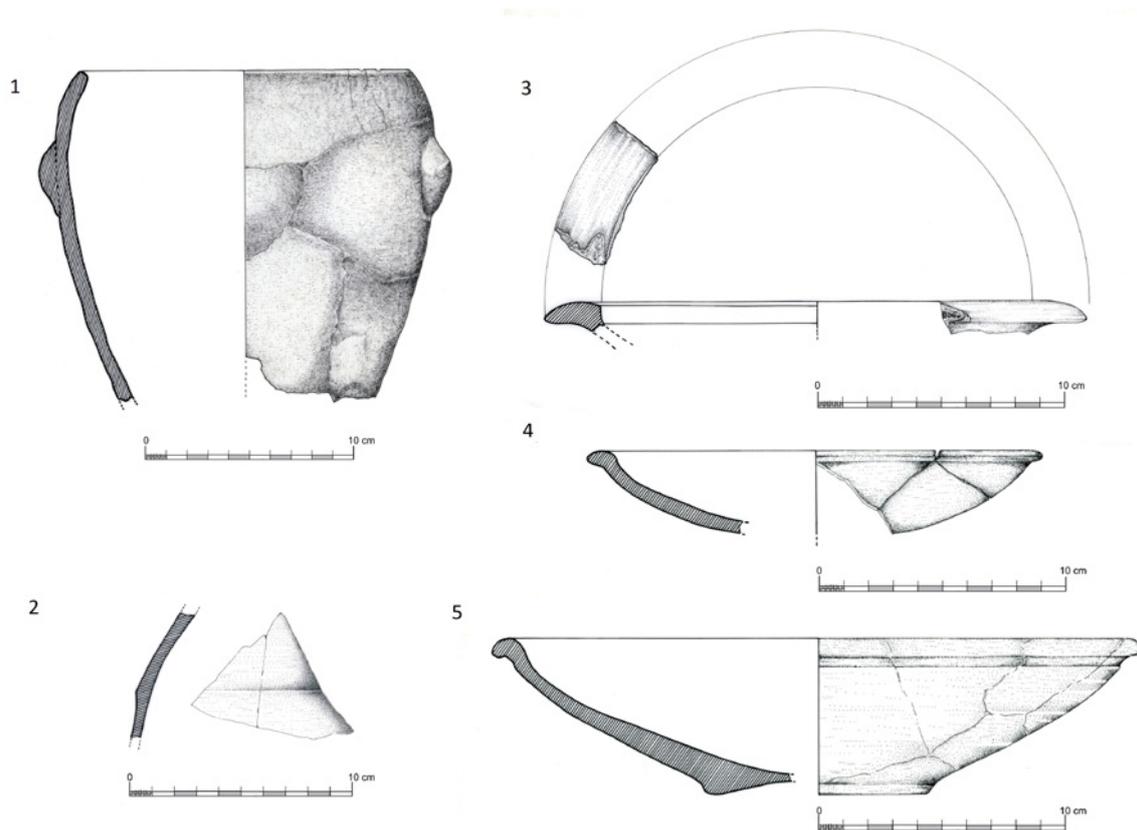


Fig. 8. Conjunto de cerámicas fenicias del Castillo (selección).

ibérica. Esta excavación (fig. 9), desarrollada por la cara interior del flanco occidental de la muralla bajomedieval, ha permitido documentar de nuevo sobre la roca base un nivel de ocupación del Hierro Antiguo. Entre los materiales sobresalen las cerámicas a mano, en las formas típicas del Bronce Final o la primera Edad del Hierro, así como materiales a torno entre los que destacan las grises orientalizantes y otros vasos con decoración bícroma de bandas paralelas y varios fragmentos de ánforas fenicias que nuevamente se adscriben al grupo de las T-10. Se trata, en definitiva, de un conjunto representativo que se fecha desde finales del siglo VIII al siglo VI a.C., y con ello, en clara sintonía con lo que se documenta en los enclaves fenicios vecinos (García y Prados, 2014; García, Prados y Jiménez, 2020).

Los niveles de época ibérica se constataron en algunos puntos, tanto sobre la roca del cerro como sobre el citado estrato del Hierro Antiguo. Relacionados con esta fase ibérica se localizaron un par de construcciones muy afectadas por las transformaciones urbanas bajomedievales. Se trata de dos muros de mampostería, uno de ellos con tendencia curva y el otro rectilínea. De los materiales asociados a estas construcciones destacan las producciones ibéricas, sobre todo las cerámicas pintadas decoradas con elementos geométricos y las ánforas, así como otras importadas, caso de las cerámicas áticas de figuras rojas. Se trata, por tanto, de un conjunto que se puede fechar en época ibérica plena (siglos IV y III a.C.) y en el no aparece cerámica común. Además, cabe resaltar la aparición, junto al citado conjunto, de un fragmento de terracota del grupo 1 del “tipo Guardamar” (Abad, 2010: 126). Se trata de un hallazgo relevante debido a que se documenta en un contexto cronológico algo anterior al que se propone generalmente para estos pebeteros, los siglos II y I a.C. (Moratalla y Verdú, 2007: 362; Horn, 2011; Grau et al., 2017: 84), y concuerda con la cronología algo anterior planteada por Sala y Verdú (2017: 32).

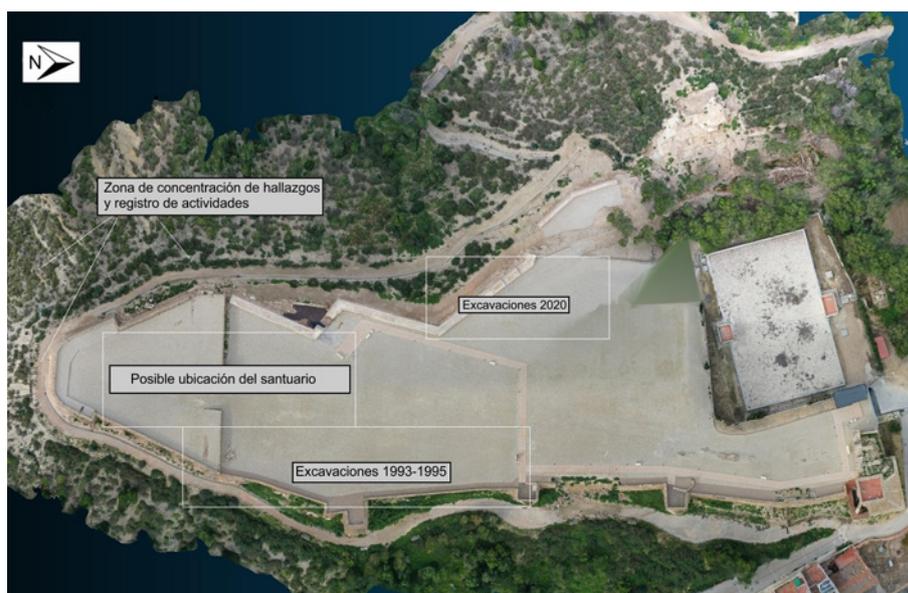


Fig. 9. Ortofoto del Castillo tras las restauraciones de 2020. Se indican las distintas actuaciones llevadas a cabo. Cortesía Ayto. de Guardamar.

3. DEL SANTUARIO EMPÓRICO AL CÍVICO: PAISAJE Y MATERIALES ARQUEOLÓGICOS

Una vez referidas sucintamente las intervenciones arqueológicas desarrolladas en el Castillo, queremos incidir en el reconocimiento de la fase fenicia e ibérica antigua y plena (siglos VIII-IV a.C.) y en la existencia de un lugar sagrado desde los primeros momentos de su ocupación. Esta cuestión resulta fundamental para comprender la naturaleza de la primera presencia fenicia y su posterior desarrollo, junto a la organización del proceso de urbanización de toda el área de la desembocadura del río Segura. A partir del examen de los materiales arqueológicos y del análisis de otras variables, como aquellas que se refieren a la posición estratégica del emplazamiento respecto del territorio circundante y su percepción desde el mar, como lugar destacado, proponemos como hipótesis la existencia en el extremo meridional del cerro de un espacio sacralizado (ver figs. 2 y 9).

Cabe la posibilidad de que este carácter sagrado tuviese su origen en la Prehistoria reciente. La existencia en el entorno del Castillo de algunos conjuntos de grabados rupestres aún inéditos (cruciformes, cazoletas y líneas que las conectan) muy similares a otros estudiados en la provincia en conexión con el consumo de sal por el ganado y asociados a poblados de la Edad del Bronce (Mataix et al., 2015: 38), así como la singular importancia de las vías de comunicación que discurrían a su pie –que presentan rodadas de carro en algunos sectores– debió suponer, en opinión de algunos investigadores, su significación como hito territorial desde fechas tempranas (Mederos, 1999; Mederos y Ruiz, 2001). A todo ello habría que añadir lo conspicuo de este punto, destacado sobre la plataforma litoral y perceptible desde todo el arco montañoso que rodea la desembocadura del río Segura.

Sumado a todo ello, la llegada de los navegantes fenicios en los albores del siglo VIII a.C. supuso la elección de este promontorio costero para ubicar un santuario, que pasaría a convertirse también en referencia principal para la navegación. Es bien conocida la relación de los primeros establecimientos fenicios con la elección de un lugar, en un punto significativo de la geografía, generalmente dedicado a la protección de los navegantes o a rendir culto a determinadas deidades que debían serles propicias en

su empresa colonial (Brody, 1998: 40). Así sucedió en *Gadir*, por ejemplo, y en otros muchos lugares de la colonización fenicia de la península ibérica como *Baria* (Villaricos, Almería), el peñón de Salobreña (Granada), el peñón de Gibraltar, El Carambolo (Santiponce, Sevilla) o Ratinhos (Alqueva, Portugal), donde la primera instalación de fenicios estuvo ligada a la construcción de un santuario o un templo (Ferrer, 2002; López Castro, 2005; Fernández y Rodríguez, 2007; Escacena et al., 2007; Prados, 2010; Silva et al., 2019). Tanto la posición como la materialidad que ahora pasaremos a estudiar indican que sobre el cerro del Castillo de Guardamar se erigió un santuario de tipo empórico (López Castro, 2006) y de carácter costero (García et al., 2020) ubicado en un punto de referencia estratégico y simbólico, fundamental para marcar la cercanía de la desembocadura del Segura a los navegantes.

El santuario del Castillo responde a un modelo de implantación que se repite a lo largo del litoral costero del tercio sur peninsular relacionado con el incremento del comercio y, con ello, de la navegación fenicia a partir del I milenio a.C. (Marín Ceballos, 2010). Es cierto que algunos de estos hitos estratégicos de especial significación ya habían tenido un origen anterior. Parece evidente que en los lugares sagrados de advocación a dioses fenicios como Baal *Saphon*, Melkart o la diosa Astarté, debieron de existir ritos ligados a la protección de los navegantes, aunque apenas haya quedado constancia en el registro arqueológico, caso de las anclas de piedra, por ejemplo (Escacena, 2005; Romero, 2012: 112). De hecho, algunos periplos nos ilustran sobre la religiosidad de las gentes del mar, y refieren la obligatoriedad que tenían los marineros de bajar a tierra con ofrendas, o realizar sacrificios en la propia embarcación al avistar los promontorios sacros (Kapitän, 1989; Vargas Girón, 2020); así como la prohibición de permanecer más tiempo del preciso, como alerta la *Ora Maritima* respecto a las columnas de Hércules: “las naves se acercan a hacer sacrificios al dios y se marchan rápidamente: se considera un sacrilegio demorarse en estas islas” (vv. 361-362). De hecho, la existencia de lugares sagrados en los accidentes geográficos costeros es una constante a lo largo del Mediterráneo (Gras, 1999; Ferrer, 2002). Los objetos que nos ocuparán más adelante hallados en el Castillo, junto a la cerámica fenicia y las dataciones radiocarbónicas obtenidas en el Cabezo Pequeño del Estaño, manifiestan que las prácticas religiosas del santuario arrancaron en un momento inicial de la presencia colonial en la zona (García y Prados, 2014; García et al., 2020).

Ya hemos avanzado que el carácter sacro del cerro parece inferirse también por su peculiar situación en un área liminal, lugar de paso, punto estratégico y nodal donde confluían diversas vías de comunicación. Por un lado, en sentido este-oeste, la vía fluvial que conectaba las rutas marítimas con el antiguo estuario y el valle del Segura en dirección a tierras murcianas y de la alta Andalucía, con abundantes recursos agrícolas y metalíferos (Prados et al., 2018). Por lo que se refiere a las vías terrestres, el cerro del Castillo constituye un cruce de caminos que une las citadas rutas marítimas y fluviales con territorios del interior, a través de caminos carreteros y cañadas de ganado trashumante, empleadas hasta tiempos recientes –en la zona se conserva aún el topónimo medieval “bovalar” destinado a un lugar de pastos y reunión del ganado– (Beviá, 1985). Éstas conectaban la Meseta, a través del valle del Vinalopó, con los pastos que se abren en la margen derecha del Segura y las lagunas saladas de Torre Vieja y La Mata. Por estos mismos caminos, una vez asentados los fenicios en la costa, discurrirán elementos de prestigio de procedencia oriental y productos de intercambio como los documentados en Camara y en El Monastil de Elda (Poveda, 1994 y 2000; Mederos y Ruiz, 2001), en el Castellar de Villena (Esquembre, y Ortega, 2017) e incluso más al norte, en las comarcas del Alcoià y el Comtat (Acosta et al., 2010).

Desde esta perspectiva, y entendido el cerro del Castillo como punto nodal, creemos que reúne las condiciones de lo que algunos autores han identificado, según los relatos que narran los viajes a occidente, como un espacio sagrado, sin que sea necesario para ello la presencia de una arquitectura monumental (Marín, 2010: 500). Así solían operar los santuarios de tránsito y de frontera (Prados, 2006: 55). Es muy esclarecedor a este respecto la descripción que hace Estrabón (3.1.4) del *Hieron Akroterion* identificado con el portugués cabo de San Vicente “como un espacio al aire libre donde no hay templos ni altares, sino piedras sobre las que, según una antigua costumbre, se derraman libaciones” (Ferrer, 2002: 190; Romero, 2008: 78). Con el tiempo, los espacios sagrados, propiedad de los dioses, lugar de contacto entre éstos y

los mortales, y entre el mar y la tierra (Aranegui, 1994; Delgado, 2010), podrían disponer de un espacio delimitado por un murete, a modo de lugar sagrado de exclusión o *témenos*, y algún altar, como elemento de comunicación entre el hombre y la divinidad, a través del sacrificio y la plegaria. De existir en el primigenio espacio sacralizado del Castillo alguna estructura edilicia, tal vez el culto inicial integró en su interior alguna grieta, como las que afloran en la base de la muralla norte, o quizá en alguna de las cuevas que se observan en el borde inferior del cerro (fig. 2). Recordemos al respecto que los propios santuarios ibéricos, excluyendo a los urbanos, no desarrollaron una arquitectura como tal hasta el siglo III a.C. (Ramallo et al., 1998; Almagro y Moneo, 2000; Grau y Rueda, 2018).

Según algunos autores, parece ser que la sacralización de los accidentes naturales a lo largo de las costas peninsulares estuvo ligada a un sistema de orientación, con el propósito de garantizar a largo plazo las rutas de navegación (Aranegui, 1994; Belén, 2000; Ruiz de Arbulo, 2000). Por ello, la disposición de derroteros y un conocimiento lo más exhaustivo posible de los puntos de fondeo, resguardo y aguada, resultaba primordial, como también lo era la necesidad de asegurar el carácter neutral del santuario como punto de escala.

En los periodos conocidos como Bronce Tardío y Bronce Final tanto las cuevas como los promontorios costeros se consideraban santuarios en sí mismos, lugares santos para los númenes (Gómez-Bellard y Vidal, 2000; Mateos, 2006; Marín, 2010: 499) y pudieron ser empleados por los navegantes mediterráneos que alcanzaron las tierras de Iberia en esa época (Ruiz-Gálvez, 1995). Algunos siglos más tarde y quizás apoyados en derroteros e itinerarios confeccionados en esta etapa previa que se acaba de referir, hay que situar la llegada regular de los marinos fenicios y su asiento en las tierras del sur y el sureste peninsular.

La fundación del Cabezo Pequeño del Estaño, probablemente en las primeras décadas del siglo VIII a.C., con su potente fortificación y foso recientemente excavado (fig. 3), así como la constatación de la recepción y elaboración de lingotes de plomo y plata en el seno del yacimiento, se han de vincular con este momento (Prados et al., 2018). Algo después, y como paradigma de lo exitoso del modelo de implantación fenicio, surgió la ciudad portuaria de La Fonteta, que se enmarca en otro proceso más abierto y menos especializado que el que refleja la factoría prístina, cuya materialidad indica casi un monopolio fenicio occidental centrado en el trasiego de plata (recientemente, Prados et al., 2020: 109). Pero todos estos indicios no se pueden comprender sin la existencia tanto de la divinidad protectora y sancionadora de las fundaciones y los intercambios, como del centro sagrado de cohesión territorial: ahí es donde incluimos el santuario del Castillo. Junto al vector principal que supuso el metal (Aranegui y Vives-Ferrándiz, 2017: 27) el desarrollo del nuevo modelo colonial en las bocas del Segura debió incrementar tanto el flujo comercial con el interior (que explicaría la presencia de materiales fenicios en Peña Negra, por ejemplo) como el del ganado trashumante y el comercio de la sal a lo largo del corredor del río Vinalopó (González Prats, 2002; Mederos y Ruiz Cabrero, 2001).

Los materiales arqueológicos documentados en el Castillo ofrecen luz tanto sobre su función religiosa como sobre su cronología. De todo el conjunto de hallazgos el mayor porcentaje pertenecía a restos cerámicos. Cabe destacar, en primer lugar, la aparición del citado fragmento de plato fenicio de barniz rojo, con un borde de 2,2 cm. de ancho (fig. 8.3) que se puede fechar a mediados del siglo VIII a.C. Destacan también las piezas de cerámica gris (figs. 8.4 y 8.5), con varios fragmentos pertenecientes a dos platos de borde saliente que se podrían fechar por sus paralelos con el Castillo de doña Blanca (Cádiz) y con Fonteta I y II a finales del siglo VIII a.C. y principios del VII a.C. (Ruiz Mata, 2016; González Prats, 2014). También se han documentado fragmentos a torno pertenecientes a un ánfora del grupo de las T-10, de hombro carenado (fig. 8.2) que se puede vincular con la misma cronología. Del material cerámico fabricado a mano destaca un recipiente de forma ovoide y bordes reentrantes, con dos mamelones como elementos de aprehensión (fig. 8.1) cuyos paralelos más cercanos se encuentran en el vecino Cabezo Pequeño del Estaño en contextos de mediados-finales del siglo VIII a.C.

Junto a la cerámica llama poderosamente la atención la aparición de los citados elementos vinculados a la artesanía textil. Estas pesas de telar (fig. 6), aunque más evolucionadas, tienen sus precedentes en los ejemplares documentados en poblados del Bronce Final del sureste (Molina, 1978: 207), como es el

caso del Cerro de la Encina de Monachil (Arribas et al., 1975). Nuestro paralelo más próximo está en Peña Negra, donde aparecieron restos de un telar con numerosas pesas de escotadura superior sobre un pavimento que sellaba desechos de fundición (González Prats, 1992). Ya hemos adelantado que en el momento de su recuperación los cuatro ejemplares de pesas aparecieron alineados sugiriendo la presencia del telar instalado *in situ*. Así pues, en el cerro del Castillo se documenta la existencia de un espacio de actividad textil que ya estaba en uso en época fenicia arcaica.

Junto a los materiales obtenidos en las excavaciones se han sucedido otros hallazgos de singular interés que se pueden relacionar con la fase fenicia. Nos estamos refiriendo, en primer lugar, a dos elementos de metal: dos puntas de flecha de bronce recuperadas en las laderas del Castillo. Una de ellas, donada al Museo Arqueológico de Guardamar en 1991, era de doble filo con arpón lateral recortado (tipo 11a de Lorrio et al., 2016: 55). Este tipo, relacionado con la llegada de los fenicios a las costas peninsulares (Mancebo y Ferrer, 1988-1989; Quesada, 1989), se empleó tanto como arma de guerra como para la caza (Elayi y Planas, 1995).

La segunda punta de flecha (fig. 10) fue descubierta a raíz de unas excavaciones de urgencia practicadas en 1999 en el sector suroccidental de la muralla, con motivo de unos trabajos de restauración. Su localización en un depósito de ladera dificultó su contextualización estratigráfica. Se trata de una punta de bronce, con hoja lanceolada, de sección aplanada y largo pedúnculo de sección rectangular, doblado en su extremo interior. Por su tipología parece tratarse de un ejemplar procedente de la costa sirio-palestina (Yadin, 1963: 353; García et al., 2020: 311 y fig. 10).

Los primeros ejemplos de este peculiar tipo de punta de flecha los tenemos en oriente, ya en el Bronce Medio, como se aprecia en algunos ejemplares conservados hoy en el Museo Nacional de Beirut (Puech, 2000). Aunque la pieza del Castillo es igual a las orientales, cabe referir la existencia de otra similar localizada en La Fonteta, algo más evolucionada, lanceolada y de largo pedúnculo (González Prats, 2014: fig. 29). Documentada en la fase III de este enclave presenta un marco cronológico del siglo VII a.C. (González

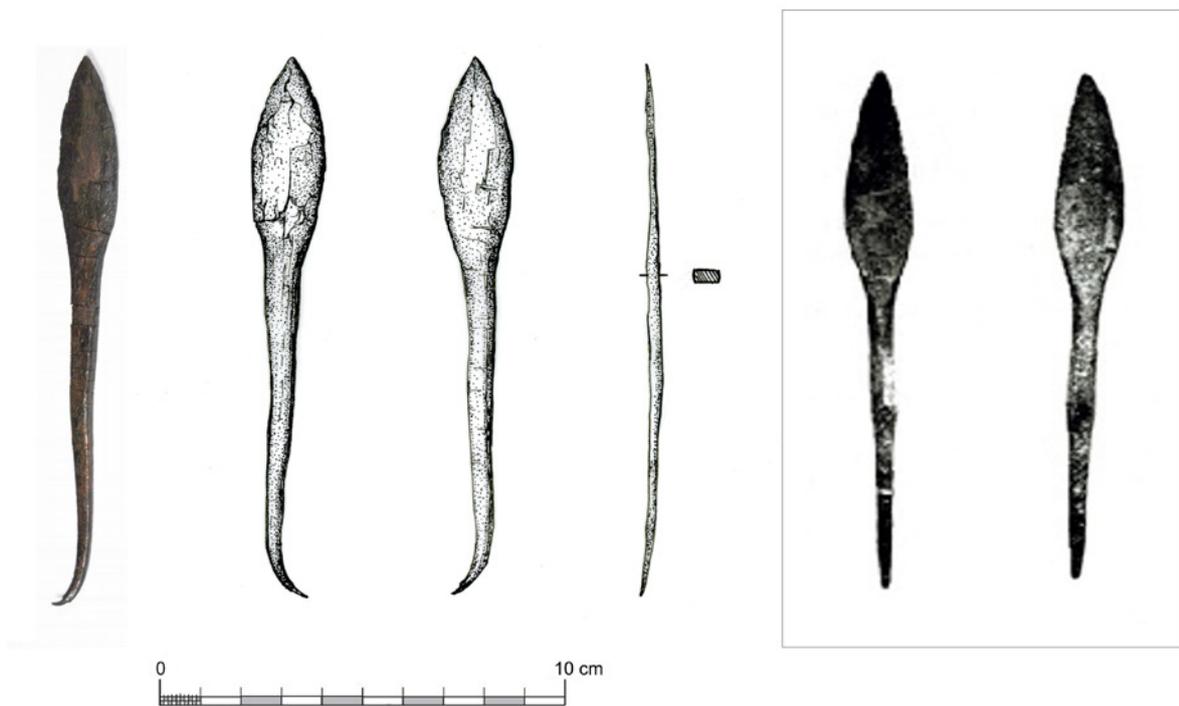


Fig. 10. Punta de flecha de bronce del castillo. A la derecha, ejemplares fenicios del Museo Nacional de Beirut (según Yadin, 1963: 353).

Prats, 2014: 272). Junto a los citados paralelos orientales, este contexto nos es muy útil para fechar la del Castillo, que podría encuadrarse sin problema a lo largo del siglo VIII a.C. Mención aparte merecen las noticias, algo difusas, que señalan la aparición de un hacha de talón de bronce en las laderas del cerro, que fue entregada al Museo Arqueológico Provincial de Alicante. Pese a las limitaciones, consideramos que todos estos hallazgos metálicos se pueden relacionar con el carácter sagrado del cerro del Castillo: en oriente, flechas y otras armas formaron parte de los depósitos votivos que se realizaban en los santuarios (Chamberlain, 1983). Se debió tratar de ofrendas religiosas depositadas ante la divinidad para corresponder su protección o agradecer el haber llegado a buen puerto tras una larga y peligrosa travesía.

Otro hallazgo muy significativo es el de un fragmento de terracota de una figura femenina velada que presenta un peinado de tipo hathórico, si bien se encuentra erosionada (fig. 11, izq.). Tiene los brazos cruzados sobre el pecho, el derecho sobre el izquierdo, en una actitud similar a la de los *ushebtj* egipcios, si bien aquí no se reconocen atributos reales como el cetro y el látigo. Aunque la postura remite a modelos egipcios, su rostro no tanto. Su mirada frontal, ojos almendrados, las arrugas de la frente y sus orejas remiten a las imágenes de la diosa Astarté que se conocen bien en terracotas del ámbito fenicio (fig. 11 abajo) y piezas orientalizantes hispanas como la del llamado bronce Carriazo, el marfil de Medellín o la Astarté del monumento de Pozo Moro. Aunque las imágenes de Astarté que se conocen en terracota o en las placas áureas presentan los brazos en similar disposición, se cogen los pechos en clara referencia a la fecundidad y a la maternidad, o sujetan otros atributos (fig. 12) tales como flores de loto o sistros (Bonnet, 1996; Cornelius, 2008). El estado de conservación de la pieza, especialmente dañada en la parte frontal, no permite saber si sostuvo algo en las manos. Aunque adolece de un contexto claro para fechar su uso, como se ha dicho, tanto su vinculación con esta divinidad femenina como los rasgos y los paralelos descritos nos permiten proponer una fecha de los siglos VII o VI a.C. para su fabricación.

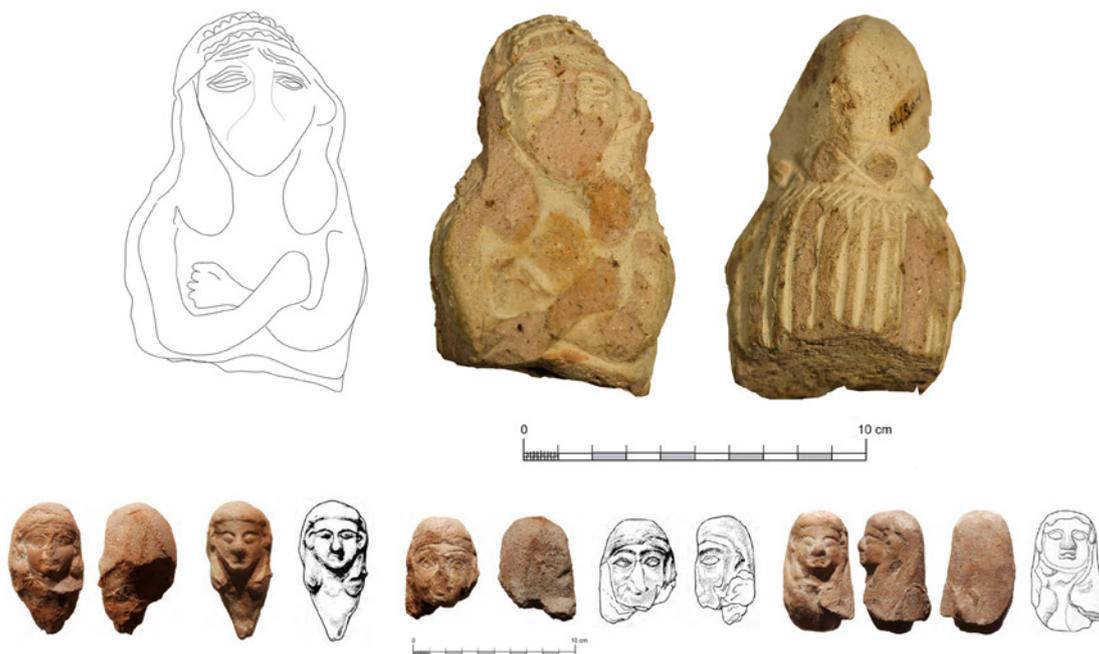


Fig. 11. Figura orientalizante de terracota procedente del Castillo. Debajo, ejemplares de la costa sirio-palestina (a partir de Press, 2014).

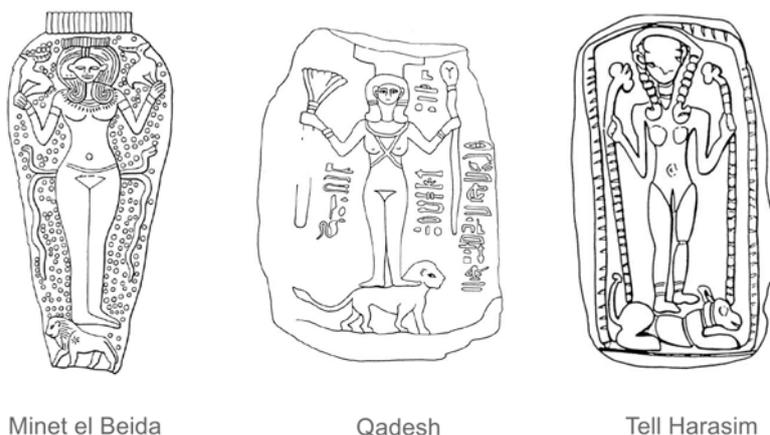


Fig. 12. Colgantes áureos de Astarté con peinado hathórico (según Ziffer et al., 2019).

Por último, en la ladera suroccidental destaca el hallazgo de una cabeza femenina de terracota, con un cuello largo, a modo de vástago, parcialmente ennegrecida por la acción del fuego. La cabeza aparece ataviada con un tocado egipcio, quizás un *nemes* o *klaft*, fijado en la cabeza mediante una diadema de la cobra real (fig. 13). Estos tocados se relacionan también en el ámbito religioso fenicio con la imagen de Astarté (Cornelius, 2008). Ésta es una pieza muy interesante debido a que se conoce incluso un centro de fabricación en Ascalón, en Palestina, que ha sido objeto de un reciente estudio monográfico (Press, 2014). Del amplio elenco de figuritas de Ascalón (fig. 13, a la derecha) clasificadas en cuatro tipos: “filisteo-psi”, “Asdod”, “micénico” o “fenicio”, la nuestra se puede adscribir sin problema a este último grupo (Press, 2014: 58 y ss.). Estas piezas, interpretadas como tapones de recipientes sagrados en algún caso, parece que fueron empleadas en los santuarios próximo-orientales como ofrendas o exvotos entre los siglos XI y VIII a.C. Su largo cuello, a modo de vástago, era hincado en los altares o colocado sobre pequeños agujeros realizados a tal efecto (Press, 2014: 233).

Aunque perteneciente a la fase ibérica del santuario, junto a los pebeteros “tipo Guardamar”, de amplísima difusión en el área contestana (Horn y Moratalla, 2014: 159; Grau et al., 2017: 77) una de las terracotas más interesantes del conjunto recuperado en el Castillo es la que representa a una divinidad nutricia, una diosa curatórofa, que amamanta a un niño (o quizás a dos, pues está fragmentada). Se trata de un tipo conocido en otros santuarios ibéricos como el de La Serreta de Alcoi, donde se documenta la llamada “deesa mare” fechada en el siglo III a.C. (Grau et al., 2008; Grau et al., 2017, 95). El ejemplar guardamarenco (fig. 14, izq.), de un acabado más cuidado y realista que el alcoyano, presenta una figura femenina en el centro, vestida con un manto y velada, que porta una especie de torque u otro adorno en el cuello, y que sostiene en su regazo, sobre su brazo izquierdo, un niño –y posiblemente otro en el otro brazo-. La pieza que representa al bebé se ha perdido, quedando tan solo la pella de barro triangular colocada en el lugar en el que éste se fijaba al brazo de la madre. Donde debían estar los pechos la figura femenina presenta dos oquedades que indican el vacío o la pérdida por rotura de los bebés que amamantaba. La pieza, de unos 13 x 9 cm, sólo conserva la mitad superior y, debido a que no es simétrica, siendo más ancha en su parte derecha, pensamos que se trata de una representación grupal similar a la citada de La Serreta.

En la terracota de Alcoi, de unos 18 x 17 cm, la imagen es mucho más esquemática (fig. 14, dcha.). Aparece la diosa en un trono amamantando a dos lactantes, y a sus dos lados, dos parejas de mujeres y niños de menor tamaño que la figura central. A la derecha la mayor coge con el brazo derecho a la menor, y ambas apoyan el brazo izquierdo en el trono donde se sienta la figura principal. A la izquierda, una paloma posada en el trono separa la figura principal de las dos menores. Éstas dos tocan el aulós o flauta doble, dotando a toda la escena de un acentuado carácter ritual cargado de simbolismo. La pieza

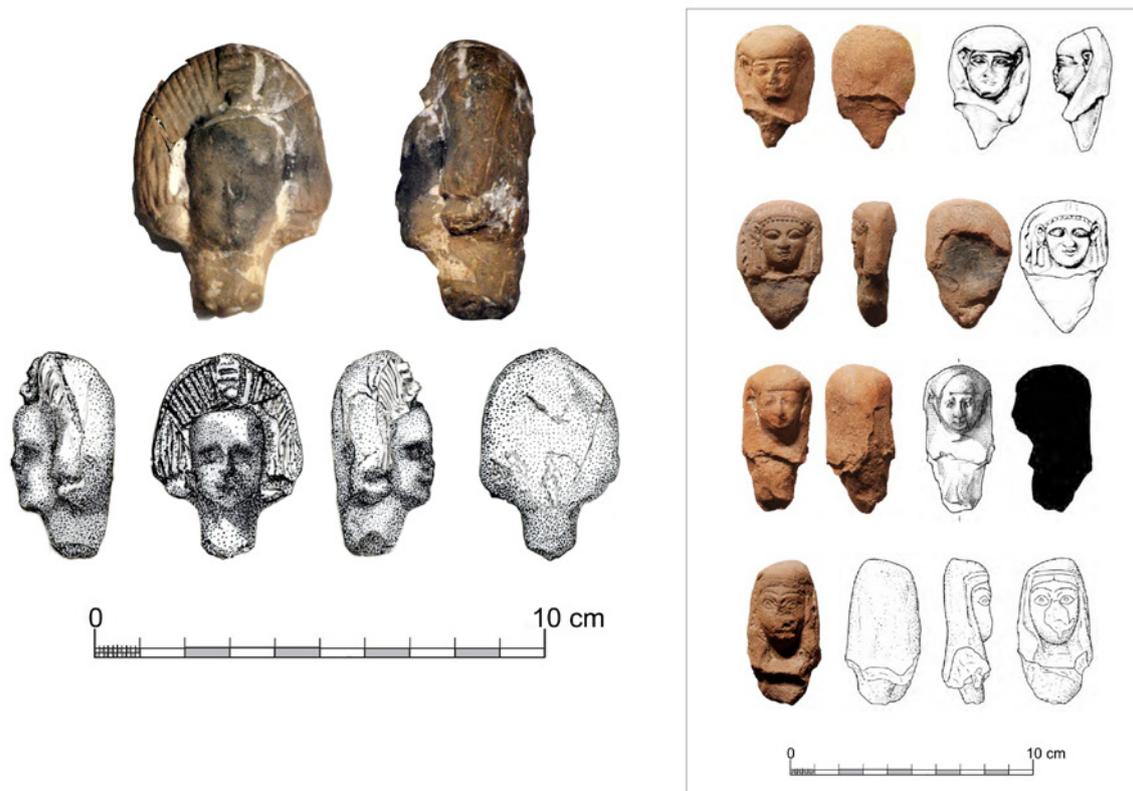


Fig. 13. Cabeza egipcia de terracota del Castillo. A la derecha, ejemplares similares de Ascalón (a partir de Press, 2014).



Fig. 14. Fragmento de terracota que representa a la divinidad nutricia. A la derecha, conjunto de La Serreta de Alcoi y terracota fenicia procedente de Tiro, Líbano (National Museum of Beirut; fotografía hmn.wiki/es).

conservada en el Museu Arqueològic Municipal Camilo Visedo Moltó de Alcoi ha permitido identificar otros fragmentos sueltos con grupos y escenas similares (Grau et al. 2017: 95-99). En el Castillo sucede igual: de entre los fragmentos destaca la parte inferior de una figura femenina de la que se conservan los pliegues bajos del manto y un pie, calzado, que asoma por debajo. La misma diosa de la fecundidad, en su atributo de curótrofa, se ha hallado en otros yacimientos ibéricos del sureste como Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia) o Jumilla (García Cano et al., 1987; Gil y Hernández, 1995-1996: 156), así como de la Oretania septentrional (Benítez de Lugo y Moraleda, 2013). En el ámbito fenicio-púnico, la imagen de Isis curótrofa tuvo una amplia difusión en relación con el ámbito funerario fundamentalmente (recientemente Ferrer y López-Bertran, 2020: 379).

Otra pieza muy significativa del Castillo que remite a la religiosidad oriental en general, y a la fenicia en particular, es la placa de terracota que representa a un felino en actitud de ataque a otro animal (fig. 15). Aunque la pieza está fragmentada, el animal que aparece sometido bajo las patas y el torso del que ataca parece otro felino por las garras de la pata con que se defiende. Entre las del animal atacante parece reconocerse una cabeza que le muerde la zona de los genitales. De ser así, la escena representaría una lucha entre dos leones o la lucha entre un león y un gran herbívoro. Estas representaciones son bien conocidas en los relieves asirios, en los marfiles fenicios y en algunas piezas metálicas como las páteras de plata, y están cargadas de mensajes rituales. El soporte en terracota quizás le podría dar un carácter mucho más local y próximo a los exvotos y objetos de culto que reconocemos en el Castillo. Dado su estado de fragmentación, con unos 7 x 5 cm conservados, desconocemos si la escena era mayor y más compleja. Por su sección pudo formar parte de una caja (la placa tiene unos 2 cm de grosor), de un altar de terracota similar a los de Kerkouane (Fantar, 1998: 58) o formar parte de algún elemento de decoración arquitectónica.

4. EL CULTO A ASTARTÉ: UNA PROPUESTA INTERPRETATIVA

A la hora de proponer una advocación para el santuario es necesario recoger todas las representaciones, tanto las que se pueden adscribir a época fenicia u orientalizante, como las ibéricas, hasta prácticamente la conquista romana y su aparente abandono. Presumimos este abandono por la falta de datos, conscientes de la fórmula típicamente romana de integración territorial consistente en mantener los cultos en los santuarios locales hasta transformarlos, mediante sincretismos o asimilaciones, en otros más próximos a la oficialidad del imperio (ej. Henig y King, 1986; Marco, 1996; Bendala, 2006; Machuca, 2019) con ejemplos en el área de estudio (Stylow, 1986; Ramallo, 2000; Abad, 2015). Por tanto, se han de relacionar todos los hallazgos materiales, ofrendas, exvotos, terracotas y actividades detectadas en las excavaciones con la situación geográfica del Castillo, para proponer su función y su potencial advocación.

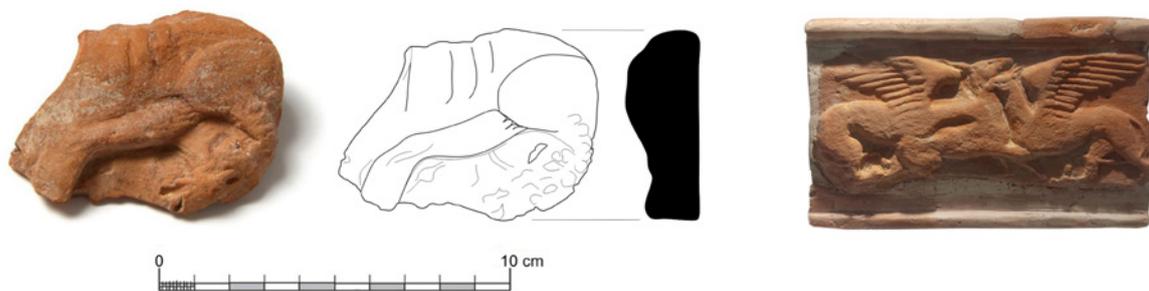


Fig. 15. Fragmento de terracota que representa a un felino atacando otro animal o bien una lucha entre felinos. A la derecha, altar portátil en terracota de Kerkouane, Túnez (Museo de Kerkouane; fotografía F. Prados).

Aunque se desconoce la divinidad a cuya tutela se consagraría el santuario, es muy probable que fuese Astarté, la diosa fenicia por antonomasia, la más antigua, pero también la más compleja (Bonnet, 1996: 142). Esta propuesta ya había sido apuntada en algunos trabajos previos (González Prats, 2010: 62; García, Prados y Jiménez, 2020: 301). Dado que durante la vida de un santuario era bastante improbable cambiar la advocación principal (Roux, 1984: 163), pensamos que ésta se mantuvo en el tiempo. La diversidad de elementos localizados, algunos de distinta procedencia o estilo, apuntan en todos los casos a Astarté, de la que derivarían –al menos en parte– la divinidad femenina de los íberos, la Tinnit de los cartagineses y la diosa alada representada en los vasos de *Ilici*, ya en los primeros momentos de dominio romano. Es importante recordar que Astarté, en su vertiente de diosa marina, *Asherar-yam*, es la divinidad más representada en los santuarios fenicios del extremo occidente, la mayoría de ellos situados, como éste, en promontorios costeros (Belén, 2000: 62; Marín, 2010). Aunque se suele citar a Baal *Saphon* como garante de la navegación, a quien los marineros fenicios dejaban anclas en sus templos (Frost, 1991: 356; Escacena, 2005; Romero, 2008: 79) los hallazgos del Castillo pueden relacionarse con otra diosa protectora de esta actividad, conocida como “Astarté del mar” (González Wagner, 2001: 25) llamada así en los papiros egipcios. Esta Astarté estuvo ligada siempre a los avatares de la colonización fenicia. Astarté del mar, Venus, es patrona de los navegantes, la estrella que les guía en la noche al ser la primera que aparece en el cielo. Tenía un carácter multiforme y heterogéneo: divinidad celeste, de la guerra, de la navegación y fundamentalmente de la fecundidad y del erotismo (Fantar, 1973; Bonnet, 1996 y 2010). El culto a Astarté, como más tarde a Tinnit desde el siglo V a.C., estuvo también relacionado con el uso mágico y sagrado del agua, dada la importancia de ésta como elemento purificador (Bonnet, 1996; López Castro, 2005: 11; Rodríguez, 2008, entre otros).

La existencia de un espacio religioso fenicio dedicado a la diosa Astarté en el cerro del Castillo explicaría también el ámbito de fabricación textil, una actividad generalmente femenina que suele vincularse con el culto a esta divinidad, que podría haber sido efectuado por mujeres (Jiménez Flores, 2007: 62; Ruiz de Haro, 2012) y que tiene presencia en muchos santuarios fenicios y orientalizantes, como Cancho Roano (Berrocal-Rangel, 2003; Celestino y Cazorla, 2010: 94-95). Por otra parte, la aparición de puntas de flecha de bronce también puede identificarse con las ofrendas de los navegantes a esta diosa. La donación de armas fue habitual en los santuarios de Astarté, dada la vinculación con Hathor e Isis, de las que debió de asimilar estos atributos guerreros (Negbi, 1976; Bonnet, 1996: 151; Muñiz, 2012: 190). Recordemos que, en el santuario de Astarté de *Baria*, Luis Siret documentó varias puntas de flecha junto a otras armas (López Castro, 2005: 14-16). También las ofrendas de moluscos son propias del culto a Astarté-Afrodita (Romero, 2012: 113) y ya se ha comentado la abundancia de este tipo de fauna en los contextos excavados, en porcentajes superiores al resto.

Por último, y para subrayar esta advocación, cabe mencionar las dos figuras que podrían representar directamente a esta divinidad (figs. 11 y 13) así como la terracota con la escena del león que también podría ser relacionada con el culto a Astarté. Para ello existen numerosos ejemplos que vinculan a esta divinidad con los leones (Cornelius, 2000; Belén y Marín Ceballos, 2002: 174; Ziffer et al., 2009) (véase la presencia de leones en las imágenes de Astarté de la fig. 12)

Para la segunda Edad del Hierro, que en el bajo Segura se caracteriza por una cultura ibérica abierta al mundo mediterráneo, debido a la falta de evidencias específicas, es complicado atribuir a una divinidad precisa el culto que se detecta en el santuario del Castillo, aunque desde luego es evidente la influencia de Astarté en la religiosidad del mundo ibérico del sureste (López Castro, 2017: 395). La veneración a Astarté asimiló con frecuencia cultos dedicados a otras diosas, tanto orientales como de los lugares donde se asentaron los fenicios a lo largo del Mediterráneo, reproduciendo prácticas culturales diversas y generando una “identidad divina plural” (Bonnet, 2010: 453). Los citados contactos mediterráneos aportaron rasgos bajo los que se esconden las variantes de la diosa local que pueden traducirse en procesos heterogéneos de asimilación e interacción. En nuestra opinión, las imágenes reproducidas son paralelizables a las divinidades mediterráneas conocidas. Es cierto que la identidad pudo no ser necesariamente la misma que se reconoció

en el contexto religioso ibero en las zonas del interior, como apuntan algunos colegas (por ejemplo, Grau y Rueda, 2018: 53) pero creemos que en esta zona costera de la Contestania, marcada por una presencia efectiva de población semita desde antiguo, esa advocación de Astarté habría mantenido muchos rasgos de la diosa oriental original. Quizás solo podamos plantear una asimilación temprana de los dioses locales con los del panteón fenicio hasta alcanzar la Tinnit púnica y la Juno-Caelestis romana, cuyo culto sabemos que se mantuvo con fuerza en la zona, expresado particularmente en la *Colonia Iulia Ilici Augusta* (Poveda, 1995), algo que no debe pasarse por alto. Es probable que la divinidad ibérica femenina que se atestigua en el Castillo sea resultado, pues, de un proceso complejo de evolución del culto fenicio a través de una fórmula de *interpretatio* ibérica, no necesariamente sincrética, que conllevaría armonizar creencias diferentes. El resultado final lo podemos encontrar en la imagen de la diosa nutricia o en la representada en los pebeteros de “tipo Guardamar”, cuyo uso se prolongó hasta más allá incluso de la conquista romana.

En este sentido, queremos destacar la importancia del Bajo Segura a la hora de entender la complejidad que caracteriza el I milenio a.C., desde la colonización fenicia hasta la conformación de las culturas ibéricas en la segunda Edad del Hierro. Con los fenicios arrancó un proceso histórico que implicó no solo la consolidación de formas de vida urbana en el Bajo Segura sino también, de forma paralela, la integración cultural y étnica del componente semita y el indígena. Dicho proceso, como es propio de los contextos coloniales, genera prácticas y formas nuevas y distintas de las originales (van Dommelen, 2006: 119), que explican en nuestra opinión la naturaleza tan particular de la religiosidad o la cultura material de asentamientos como El Oral o La Escuera, enclaves ibéricos en los que se ha subrayado su marcada influencia púnica (Abad et al., 2017).

Nos parece oportuno por tanto subrayar que las tierras contestanas, como bien se ha señalado para Turdetania (Ferrer y García, 2002), han de entenderse como un concepto geográfico que abarcó una realidad étnica y cultural diversa. Es incontestable el protagonismo en este territorio de las poblaciones ibéricas, herederas de aquellas que poblaban la zona en el Bronce Final (Llobregat, 1972), pero sería absurdo negar a día de hoy el peso demográfico y cultural que las poblaciones de origen semita tuvieron en entornos costeros como el Bajo Segura. La religión y, en este caso, el culto a Astarté, nos parece clave para entender estos complejos procesos y valorar la originalidad de las nuevas formas, más allá de limitarnos a calificarlas de “indígenas” o “exógenas”, y desde luego, posibilitan dotar de contenido el concepto “híbrido” (García Cardiel, 2014), a veces poco aclaratorio, que hemos de entender desde una perspectiva diacrónica, en el sentido del contexto cronológico. Los hallazgos del santuario presentados en este texto dotan de materialidad concreta a dichos procesos históricos, y está claro con la documentación de que disponemos hoy, que las poblaciones del Bajo Segura, cuyo substrato aún un componente fenicio y otro local, tuvieron un referente simbólico importante en esta antigua Astarté, que fue dotándose de nuevos significados y generando nuevas prácticas rituales. Fue precisamente el carácter híbrido y abierto de estos significados y prácticas lo que facilitó la incorporación de nuevos lenguajes iconográficos en su culto, como los pebeteros de cabeza femenina de origen centro-mediterráneo –pero reinterpretados en una nueva forma aquí–, así como la integración del santuario en nuevos esquemas territoriales impuestos por la hegemonía púnica en la zona, apreciable al menos desde el siglo III a.C., y la posterior integración en el mundo romano.

5. SÍNTESIS Y CONCLUSIONES

No cabe duda de que el cerro del Castillo ha sido, desde siempre, un punto estratégico en las rutas de navegación de cabotaje que unían el sur y este peninsulares con Ibiza. Su propia configuración, como hito geográfico y referencia de navegantes, le confirieron *per se* un carácter sagrado, como otros tantos cerros costeros de similares características (Marín, 2010: 498). Este promontorio señala además la desembocadura del río más importante del sureste, y por ello tuvo seguramente ese carácter sagrado ya desde la prehistoria reciente, a tenor de los mencionados grabados.

Estas cualidades no pasaron desapercibidas para los fenicios, que utilizarían el cerro con fines religiosos, en primer lugar, de forma esporádica y en relación con sus singladuras, para pasar posteriormente a establecerse en la zona y erigir un santuario. Los hallazgos permiten situar la fundación del santuario a principios del siglo VIII a.C., al mismo tiempo que la implantación fenicia en la zona (Prados, et al., 2020: 106). El poblamiento se articuló en torno a este punto, que ejercería de núcleo simbólico en un territorio recién ocupado, y con el transcurrir de los siglos quedó *fossilizado* el carácter sagrado del lugar, y con él, el culto a una divinidad femenina compleja, con atribuciones varias, que hundía sus raíces en la diosa fenicia Astarté, de cuya imagen se han recuperado dos terracotas.

No hay que olvidar el papel que la literatura clásica otorgó a los templos y a los santuarios en la expansión fenicia en occidente, como el de Melkart en Cádiz, sin duda el más célebre (Bonnet, 1988). Los santuarios costeros aseguraron la protección jurídica y religiosa a los colonos, permitiendo el contacto entre diferentes culturas y sancionando el desarrollo de las actividades comerciales en tierras lejanas. Estos lugares sacros parecen preceder a la instalación de ciudades propiamente dichas, más tardías. Es en este contexto donde habría que situar el santuario del Castillo de Guardamar. La implantación de los santuarios de esta fase arcaica se corresponde con una serie de asentamientos que surgen a lo largo del litoral Mediterráneo, denominados por algunos autores como centros de producción para el intercambio, con actividades económicas y artesanales diversificadas (González Wagner, 2000). Esta configuración “dual” (santuario/hábitat fenicio) se reconoce en otros ejemplos como en Sevilla (Carambolo/*Spal*) la bahía de Algeciras (Gorham’s Cave/*Carteia*) o Ibiza (Illa Plana/*Dalt Vila-Ybusim*). Como ya se ha comentado páginas arriba, quizá podría ser éste el modelo que explique la naturaleza del asentamiento del Cabezo Pequeño del Estaño, donde encontramos todo un registro ligado al comercio fenicio, a la explotación del metal, a la defensa militar, pero nada que podamos relacionar con el culto religioso.

El santuario del Castillo de Guardamar se emplazó en un lugar prominente, manifestando una apropiación simbólica del espacio, paso previo e ineludible del proceso de implantación fenicia, como bien ejemplifica la traslación del mito de Melkart a occidente (González Wagner, 2008). La propia evolución del santuario trasluce la de la presencia fenicia en la zona: una primera fase de asentamiento puramente colonial o empórico, protagonizado por el enclave del Cabezo Pequeño del Estaño y el santuario de carácter marítimo, que regularía actividades económicas y simbólicas por igual (Fumadó, 2012: 23); y una segunda fase de consolidación urbana, marcada por la existencia de una verdadera ciudad, La Fonteta, desde la segunda mitad del siglo VII a.C., que dotaría de sentido cívico y territorial al antiguo santuario (García et al., 2020: 302). La perduración del santuario a lo largo de la segunda Edad del Hierro y hasta prácticamente la conquista romana, subraya su categoría y su anclaje al territorio del Bajo Segura, a la vez que encarna la continuidad entre los asentamientos fenicios citados y las poblaciones que los sucedieron: El Oral, Cabezo Lucero o La Escuela.

La propia situación del santuario como “punto destacable” en el paisaje debió ser un estímulo para que navegantes de distinta procedencia depositasen sus ofrendas. Esta cuestión, nada trivial, subraya su importancia y su naturaleza “internacional”, explicando la diversidad y variabilidad formal y tipológica de las ofrendas que aparecen en el registro y su abanico cronológico, que abarca *grosso modo* desde el siglo VIII al I a.C. Esta amplitud temporal nos ilustra sobre lo enraizado de la sacralización en este punto, aunque, como se ha comentado, la naturaleza del contexto arqueológico y el hecho de encontrarse bajo el Castillo y la *pobla* de Guardamar durante siglos planteen problemas de conservación y registro.

Por otra parte, aunque en distintos apartados hemos mencionado la falta de contextos claros pertenecientes a las fases arcaicas, en realidad hemos de valorar en profundidad tanto el conjunto de material presente como el ausente, y la no existencia de esos contextos construidos, como un dato muy apreciable. Cabe indicar que en este caso es tan importante lo poco que hay como lo mucho que falta, que debe entenderse como reflejo del uso particular del lugar. Por ejemplo, si analizamos el conjunto de materiales, aunque escaso, remite a formas muy precisas: ofrendas, ánforas y platos para la fase fenicia; otras ofrendas, ánforas, cerámicas áticas y pintadas para el periodo ibérico pleno, y los pebeteros para el último uso. No se detectan

cerámicas comunes, ni de cocina, y fuera del mencionado basurero, es testimonial el registro faunístico, a excepción del malacológico, algo nada casual. Todo ello es, en sí mismo, un contexto, y es indicativo tanto de las acciones que se llevaron a cabo como de las acciones que no se llevaron a cabo en la superficie del cerro. La aparente limpieza, la concentración de elementos orgánicos sólo en el basurero, las actividades artesanales y el carácter selecto de los materiales parecen reflejar acciones rituales, que no dejan el mismo registro que cabría esperar en contextos domésticos. Por eso queremos incidir en el valor de lo ausente como soporte interpretativo.

El análisis del material, por las cualidades y las cantidades de los elementos recuperados en las prospecciones y las excavaciones descritas, subraya su *longue durée*, es decir, su continuidad a lo largo de prácticamente todo el I milenio a.C., prueba fehaciente de la importancia del santuario, que fue utilizado con los mismos fines rituales, si bien con distintos significados a través de los siglos.

Para terminar, es importante señalar que, desde un momento determinado, que apunta por la cronología inicial de las piezas al siglo III a.C., hubo una homogeneización del culto a través del uso, casi exclusivo, de un mismo tipo de manifestación religiosa y simbólica. La abundante presencia de los pebeteros de “tipo Guardamar”, muy superior porcentualmente al resto de objetos como hemos visto, redundaba en la idea de que el culto se uniformizó, y que el viejo santuario, usado indistintamente por población local y extranjera, se convirtió en escenario para la práctica de una religiosidad más estructurada y homogénea. Por eso será una vez más el contexto material y geográfico, cultural, en definitiva, el que debe prevalecer a la hora de evaluar esquemas particularmente conservadores como los religiosos. El fuerte impacto del culto a Astarté, el continuismo subyacente en los objetos y en las actividades que se constatan, y el lugar en el que se encuentra este santuario, ha de tenerse muy presente a la hora de equipararlo con otros santuarios ibéricos como, por ejemplo, los de la montaña alicantina u otros enclaves costeros (García Cardiel, 2015).

Por último, dado que en el entorno próximo del yacimiento no se conocen grandes estructuras urbanas desde el siglo III a.C., consideramos que el santuario pudo desempeñar un papel relevante en ese paisaje rural disperso, como lugar de memoria y posible centro de peregrinación, en la línea señalada para otros espacios religiosos de tradición fenicia y de carácter liminal (López-Bertran, 2011: 87). Al igual que otros santuarios ibéricos, su implantación en el territorio le permitió actuar como garante del carácter cívico y de la cohesión territorial en una fase de gran inestabilidad, vacíos de poder y formidables transformaciones, siendo las últimas resultado del dominio púnico y la subsiguiente conquista romana.

NOTA

El trabajo se enmarca en el Proyecto LIMOS. *Litoral y Montañas en transición. Arqueología del cambio social en las comarcas meridionales de la Comunidad Valenciana* (Prometeo 2019/035) financiado por la Generalitat Valenciana.

BIBLIOGRAFÍA

- ABAD CASAL, L. (1986): “Castillo de Guardamar”. En *Arqueología en Alicante: 1976-1986*. Diputación Provincial de Alicante, Alicante, p. 151-152.
- ABAD CASAL, L. (1992): “Terracotas ibéricas del Castillo de Guardamar”. En *Estudios de Arqueología ibérica y romana: Homenaje a Enrique Pla*. Serie de Trabajos Varios 89, Diputación Provincial de Valencia, Valencia, p. 225-238.
- ABAD CASAL, L. (2010): “Terracotas ibéricas del Castillo de Guardamar”. En *Guardamar del Segura, Arqueología y Museo*, Catálogo de la Exposición, MARQ, Alicante, p. 58-65.
- ABAD CASAL, L. (2015): “Identidades culturales en el sureste de la Península Ibérica”. *Navigare necesse est. Estudios en Homenaje de José María Luzón Nogué*. Madrid, p. 42-48.
- ABAD CASAL, L. y SALA SELLÉS, F. (1993): *El poblado ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante)*. Serie de Trabajos Varios 90, Diputación Provincial de Valencia, Valencia. <http://mupreva.org/pub/121/es>
- ABAD CASAL, L. y SALA SELLÉS, F. (coords.) (2001): *Poblamiento ibérico en el bajo Segura: el Oral (II) y la Escuera*. Real Academia de la Historia, Universidad de Alicante, Madrid.

- ABAD CASAL, L., SALA SELLÉS, F. y MORATALLA JÁVEGA, J. (2017): “El Bajo Segura hasta la II Guerra Púnica. Nuevas investigaciones”. En F. Prados y F. Sala (eds.): *El oriente de occidente. Fenicios y púnicos en el área ibérica*. Universitat d’Alacant, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, Alicante, p. 233-256.
- ACOSTA PRADILLO, L.; GRAU MIRA, I. y LILLO BERNABEU, M. (2010): “L’assentament protonostòric de l’alqueria de Benifloret”. *Alberri*, 20, p. 43-64.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y MONEO, T. (2000): *Santuarios urbanos en el mundo ibérico*. Biblioteca Archaeologica Hispana 4, Madrid.
- ARANEGUI GASCÓ, C. (1994): “*Iberia Sacra Loca*, Entre el Cabo de la Nao, Cartagena y el Cerro de los Santos”. *Revista de Estudios Ibéricos*, 1, p. 115-138.
- ARANEGUI, C.; JODIN, A.; LLOBREGAT, E.; ROUILLARD, P. y UROZ, J. (1993): *La nécropole ibérique de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante)*. Madrid.
- ARANEGUI GASCÓ, C. y VIVES-FERRÁNDIZ SÁNCHEZ, J. (2017): “Desmontando paradigmas. Fenicios y púnicos en el oriente de occidente”. En F. Prados y F. Sala (eds.): *El oriente de occidente. Fenicios y púnicos en el área ibérica*. Universitat d’Alacant, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, Alicante, p. 25-50.
- ARRIBAS PALAU, A.; PAREJA LOPEZ, F.; MOLINA GONZALEZ, F.; ARTEAGA MATUTE O. y MOLINA FAJARDO, F. (1975): “Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce “Cerro de la Encina”, Monachil (Granada)”. En *Excavaciones arqueológicas en España, 81*, Ministerio de Cultura, Madrid.
- AUBET SEMMLER, M. E. (2009): *Tiro y las colonias fenicias de occidente*. Bellaterra, Barcelona.
- BELÉN DEAMOS, M. (2000): “Itinerarios arqueológicos por la geografía sagrada del extremo occidente”. En *Santuarios fenicio-púnicos en Iberia y su influencia en los cultos indígenas. XIV Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Ibiza, 1999)*. Ibiza, p. 57-102
- BELÉN DEAMOS, M. y MARÍN CEBALLOS, M. C. (2002): “Diosas y leones en el periodo orientalizante de la Península Ibérica”. *SPAL*, 11, p. 169-195. <https://idus.us.es/handle/11441/12791>
- BENDALA GALÁN, M. (2006): “Hispania y la “romanización”. Una metáfora: ¿crema o menestra de verduras?”. *Zephyrus*, 59, p. 289-292.
- BENÍTEZ DE LUGO ENRICH, L. y MORALEDA SIERRA, J. (2013): “Símbolos, espacios y elementos ibéricos para el culto en Oretania septentrional. Estado de la cuestión arqueológica, revisión crítica y nuevas aportaciones”. En C. Rísquez y C. Rueda (eds.): *Santuarios iberos: Territorio, ritualidad y memoria Actas del Congreso El Santuario de la Cueva de La Lobera de Castellar*. 1912-2012. Asociación para el desarrollo rural de la Comarca de El Condado, Jaén, p. 213-269.
- BERROCAL-RANGEL, L. (2003): “El instrumental textil en Cancho Roano: consideraciones sobre sus fusayolas, pesas y telares”. En *Cancho Roano IX, Los materiales arqueológicos II*, Mérida, p. 211-298.
- BEVIÀ, M. (1985): “Bovalars, cars i rafals: la Casa del Rafalí d’Alacant”. *Sharq Al-Andalus*, 2, p. 115-117.
- BEVIÀ, M. (1986): “Nuevos planos de la antigua villa de Guardamar”. *AZARBE, Suplemento cultural de la Revista de Fiestas*. Ayuntamiento de Guardamar del Segura.
- BONNET, C. (1988): *Melkart. Cultes et mythes de l’Héraclès tyrien en Méditerranée. Stvdia Phoenicia VIII*, Namur.
- BONNET, C. (1996): *Astarté. Dossier documentaire et perspectives historiques*, Roma.
- BONNET, C. (2010): “Astarté en Méditerranée. Reflexions sur une identité divine une et plurielle”. En M.L. de la Bandera y E. Ferrer (coords.): *El Carambolo: 50 años de un tesoro*, Universidad de Sevilla, Sevilla, p. 453-464.
- BRODY, A. J. (1998): “Seaside Temples and Shrines”. En “*Each Man Cried Out to His God*” *The Specialized Religion of Canaanite and Phoenician Seafarers*. Harvard Semitic Monographs, Volume 58, Brill, Atlanta, p. 39-61.
- CELESTINO, S. y CAZORLA, R. (2010): “Un paisaje sagrado en la comarca de La Serena (Extremadura)”. En S. Celestino, T. Tortosa y R. Cazorla (coords.): *Debate en torno a la religiosidad protohistórica*, CSIC, Madrid p. 83-100.
- CHAMBERLAIN, L. (1986): “Religious Sanctuaries in Ancient Cyprus During the Iron Age”. *Theses and Dissertations (Comprehensive)*. 1359. <https://scholars.wlu.ca/etd/1359>
- CORNELIUS, S. (2000): “The Egyptian Iconography of the Goddesses Anat and Astarte”. En K.M. Cialowicz y J.A. Ostrowski (eds.): *Les Civilisations de basin méditerranéen: hommages à Joachim Sliwa*, Université Jagaellonne, Institut d’Archéologie, Cracow, p. 71-77.
- CORNELIUS, I. (2008): *The Many Faces of the Goddess: The Iconography of the Syro-Palestinian Goddesses Anat, Astarte, Qedeshet, and Asherah c. 1500–1000 BCE*. Academic Press. Fribourg.
- DELGADO HERVÁS, A. (2010): “Encuentros en la liminalidad: espacios sagrados, contactos e intercambios en el sur de Iberia en los inicios del I Milenio a.C.”. *Bulletino d’Archeologia on line*, I, 2010. https://bollettinodiarcheologia-online.beniculturali.it/wp-content/uploads/2019/01/1_DELGADO.pdf

- ELAYI, J. y PLANAS, A. (1995): *Les pointes de flèches en bronze d'Ibiza dans le cadre de la colonisation phénico-punique*. Gabalda, Paris.
- ESCACENA CARRASCO, J. L. (2005): “Consagrado a Baal Saphón: un Santuario Fenicio en la Antigua Caura”. *Azotea*, 15, p. 8-63.
- ESCACENA CARRASCO, J. L.; FERNÁNDEZ FLORES, A. y RODRÍGUEZ AZOGUE, A. (2007): “Sobre el Carambolo: un “hippos” sagrado del santuario IV y su contexto arqueológico”. *Archivo Español de Arqueología*, 80, p. 5-28. <http://aespa.revistas.csic.es/index.php/aespa/article/view/25/25>
- ESQUEMBRE BEBIÁ, M. A. y ORTEGA PÉREZ, J. R. (2017): “El poblado fortificado del Castellar (Villena, Alicante)”. En F. Prados y F. Sala (eds.): *El oriente de occidente. Fenicios y púnicos en el área ibérica*. Universitat d'Alacant, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, Alicante, p. 129-154.
- FANTAR, M. H. (1973): “À propos d' Ashart en Méditerranée Occidentale”. *Rivista di Studi Fenici*, 1, p. 19-29.
- FANTAR, M. H. (1998): *Kerkouane. Cité punique au pays berbère de Tamezrat*. Alif, Tunis.
- FERNÁNDEZ FLORES, A. y RODRÍGUEZ AZOGUE, A. (2007): *Tartessos Desvelado. La colonización fenicia del suroeste andaluz y la génesis y ocaso de Tartesso*. Almuzara, Sevilla.
- FERRER ALBELDA, E. (2002): “Topografía sagrada en el Extremo Occidente: santuarios, templos y lugares de culto de la Iberia púnica. *EX ORIENTE LUX. Las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica. SPAL Monografías II*, Sevilla, p. 185-218.
- FERRER ALBELDA, E. y GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (2002): “Turdetania y turdetanos: contribución a una problemática historiográfica y arqueológica”. *Mainake*, 24, p. 133-151.
- FERRER MARTÍN, M. y LÓPEZ-BERTRAN, M. (2020): “Desde el nacer hasta el morir: la leche materna en el mundo fenicio-púnico”. En C. Gómez Bellard, G. Pérez-Jordá y A. Vendrell Betí (coords.): *La alimentación en el mundo fenicio-púnico. Producciones, procesos y consumo. SPAL Monografías XXXII*. Sevilla, p. 363-384.
- FROST, H. (1991): “Anchors sacred and profane”. En M. Yon (ed.) *Ras Shamra-Ougarit 6. Arts et industries de la pierre*, CNRS, Paris, p. 355-410.
- FUMADÓ ORTEGA, I. (2012): “Aspectos marítimos de las divinidades fenicio-púnicas como garantía de la confianza de los mercados”. En E. Ferrer, M.C. Marín y A. Pereira (coords.): *La religión del Mar. Dioses y ritos de navegación en el Mediterráneo Antiguo, Spal Monografías XVI*, Sevilla, p. 11-36.
- GARCÍA CANO, J. M.; INIESTA SANMARTÍN, A. y PAGE DEL POZO, V. (1991-1992): “El santuario ibérico de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia)”. *Anales Arq. Murcia* 7-8, p. 75-82. <https://revistas.um.es/apa/article/view/64861>
- GARCÍA CARDIEL, J. (2014): “¿Rasgos púnicos en los santuarios ibéricos? Religión e identidad en la Contestania central”. *Saguntum*, 46, p. 79-91.
- GARCÍA CARDIEL, J. (2015): “Pebeteros en la costa. Santuarios, peregrinaciones y rituales en la Contestania ibérica (ss. III-II a. C.)”. *Zephyrus*, LXXVI, 2, p. 77-98. <https://doi.org/10.14201/zephyrus2015767798>
- GARCIA MENÁRGUEZ, A. (1992-1993): “El Castillo de Guardamar. Nuevos datos sobre el poblamiento ibérico en la desembocadura del río Segura”. *Alebus*, 2-3, p. 67-96
- GARCIA MENÁRGUEZ, A. (1995): “Avance sobre las excavaciones en yacimientos con fases del Hierro Antiguo en el tramo inferior del río Segura (Guardamar del Segura, Alicante)”. *XXI Congreso Nacional de Arqueología*. Vigo, p. 225-229.
- GARCIA MENÁRGUEZ, A. (2010): “Guardamar. Arqueología y Museo”, *Guardamar del Segura, Arqueología y Museo*, Catálogo de la Exposición, MARQ, Alicante, p. 10-31.
- GARCÍA MENÁRGUEZ, A. y PRADOS MARTÍNEZ, F. (2014): “La presencia fenicia en la península Ibérica: El Cabezo Pequeño del Estaño (Guardamar del Segura, Alicante)”. *Trabajos de Prehistoria*, 71, p. 113-133. <https://doi:10.3989/tp.2014.12127>
- GARCÍA MENÁRGUEZ, A. y PRADOS MARTÍNEZ, F. (2017): “El enclave fenicio del Cabezo Pequeño del Estaño (Guardamar, Alicante) y la presencia oriental arcaica en el sureste hispano”. *Folia Phoenicia*, 1, p. 178-184
- GARCÍA MENÁRGUEZ, A.; PRADOS MARTÍNEZ, F. y JIMÉNEZ VIALÁS, H. (2020): “Del primer impacto fenicio a la consolidación del fenómeno urbano en la costa de Alicante: El Cabezo Pequeño del Estaño y el santuario del Castillo de Guardamar”. En J. L. López Castro (ed.): *Entre Utica y Gadir. Navegación y colonización fenicia en el mediterráneo occidental a comienzos del I Milenio a.C.*, Granada, p. 293-314.
- GIL GONZÁLEZ, F. y HERNÁNDEZ CARRIÓN, E. (1995-1996): “Una terracota representando a la “diosa madre” procedente de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia) y la distribución de estas piezas en el sureste”. *Anales Arq. Murcia*, 11-12, p. 151-161. <https://revistas.um.es/apa/article/view/63581/61261>

- GISBERT Y BALLESTEROS, E. (1901): *Historia de Orihuela. Tomo I. Orihuela*.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1992): “Una vivienda metalúrgica en la Peña Negra (Crevillente-Alicante). Aportación al conocimiento del Bronce Atlántico en la Península Ibérica”. *Trabajos de Prehistoria*, 49, p. 243-257. <http://tp.revistas.csic.es/index.php/tp/article/view/544/562>
- GONZÁLEZ PRATS, A. (2002): *La necrópolis de cremación de Les Moreres (Crevillente, Alicante, España) (s. IX-VII AC)*. Alicante.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (2010): “La presencia fenicia en el Bajo Segura”. *Guardamar del Segura, Arqueología y Museo*, Catálogo de la Exposición, MARQ, Alicante, p. 58-65.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (2014): *La Fonteta-2. Estudios de los materiales arqueológicos hallados en la colonia fenicia de la actual desembocadura del río Segura (Guardamar del Segura, Alicante)*, Vol. 2, Alicante.
- GONZÁLEZ WAGNER, C. (2000): “Santuarios, territorios y dependencia en la expansión fenicia arcaica en Occidente”. *Arys*, 3, p. 50-51.
- GONZÁLEZ WAGNER, C. (2001): *La Religión Fenicia*. Biblioteca de Religiones 5, Madrid.
- GONZÁLEZ WAGNER, C. (2008): “Tiro, Melkart, Gadir y la conquista simbólica de los confines del mundo”. En R. González Antón, F. López Pardo y V. Peña Romo (coords.): *Los Fenicios y el Atlántico. IV coloquio del CEFyP*, Universidad Complutense, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, Madrid, p. 11-29.
- GÓMEZ BELLARD, C. y VIDAL GONZÁLEZ, P. (2000): “Las cuevas-santuario fenicio-púnicas y la navegación en el Mediterráneo”, *Santuarios fenicio-púnicos en Iberia y su influencia en los cultos indígenas. XIV Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Ibiza, 1999)*, Ibiza, p. 103-146.
- GRAS, M. (1999): *El Mediterráneo arcaico*. Editorial Alderabán, Madrid.
- GRAU MIRA, I. y RUEDA GALÁN, C. (2018): “La religión en las sociedades ibéricas: una visión panorámica”. *Revista de Historiografía*, 28, p. 47-72. <https://doi.org/10.20318/revhisto.2018.4207>
- GRAU MIRA, I.; OLMOS, R. y PEREA, A. (2008): “La habitación sagrada de la ciudad ibérica de La Serreta”. *Archivo Español de Arqueología*, 81, p. 5-29. <https://doi.org/10.3989/aespa.2008.v81.38>
- GRAU MIRA, I.; AMORÓS LÓPEZ, I. y LÓPEZ-BERTRAN, M. (2017): “La colección de terracotas”. En I. Grau, I. Amorós y J.M. Segura (eds.): *El santuario ibérico y romano de La Serreta (Alcoi, Cocentaina, Penàguila). Prácticas rituales y paisaje en el área central de la Contestania*. Ajuntament d'Alcoi, Alcoi, p. 61-118.
- GRAU MIRA, I.; AMORÓS LÓPEZ, I. y SEGURA MARTÍ, J.M. (2017): *El santuario ibérico y romano de La Serreta (Alcoi, Cocentaina, Penàguila). Prácticas rituales y paisaje en el área central de la Contestania*. Ajuntament d'Alcoi, Alcoi.
- HORN, F. (2011): *Ibères, Grecs et Puniques en Extrême Occident. Les terre-cuites de l'espace ibérique (VII-IIe siècle av. J.-C.)*. Madrid.
- HORN, F. y MORATALLA, J. (2014): “Les terres cuites”. En P. Rouillard, A. Espinosa y J. Moratalla (eds.): *Villajoyosa Antique (Alicante, Espagne). Territoire et topographie. Le sanctuaire de la Malladeta*. Casa de Velázquez, Madrid, p. 156-164.
- HENIG, M. y KING, A. (eds.) (1986): *Pagan Gods and Shrine of Roman Empire*, University Press, Oxford, p. 15-24.
- IBORRA ERES, P. (2007): “El material faunístico”. En P. Rouillard, E. Gailledrat y F. Sala (eds.): *L'établissement protohistorique de La Fonteta (fin VIIIe-fin VIe siècle av. J.-C.)*. Casa de Velázquez, Madrid, p. 353-372.
- JIMÉNEZ FLORES, A. M. (2007): “Las imágenes en el servicio del culto: acerca del “supuesto” timiaterio de Punta de la Nao”, *Habis*, 38, p. 61-78. <http://dx.doi.org/10.12795/Habis.2007.i38.04>
- KAPITÄN, G. (1989): “Archaeological evidence for rituals and customs on Ancient ships”. En H. Tzalas (ed.), *Tropis I. 1st International Symposium on Ship construction in Antiquity*. Atenas, p. 147-162.
- LÓPEZ-BERTRAN, M. (2011): “Practical Movements: Kinetic rituals in the Ancient Western Mediterranean”. *Journal of Mediterranean Archaeology*, 24.1, p. 88-109
- LOPEZ CASTRO J. L. (2005): “Astarté en Baria. Templo y producción entre los fenicios occidentales”. *Archivo Español de Arqueología*, 78, p. 5-21. <https://doi.org/10.3989/aespa.2005.v78.71>
- LOPEZ CASTRO J. L. (2006): “Los fenicios occidentales: de colonias a ciudades”. *Arqueo Mediterrània*, 9, p. 43-51.
- LOPEZ CASTRO J. L. (2017): “Baria fenicia y sus relaciones con el mundo ibero del sureste”. En *Mazarrón II. Contexto, viabilidad y perspectivas del barco B-2 de la bahía de Mazarrón. En homenaje a Julio Mas García*, Madrid, p. 385-404.
- LORRIO ALVARADO, A.; PERNAS S. y TORRES ORTIZ, M. (2016): “Puntas de flecha orientalizantes en contextos urbanos del Sureste de la Península Ibérica: Peña Negra, La Fonteta y Meca”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la UAM*, 42, p. 9-78. <http://dx.doi.org/10.15366/cupauam2016.42.001>

- LLOBREGAT CONESA, E. A. (1972): *Contestania ibérica*. Instituto de Estudios Alicantinos, Alicante.
- MACHUCA PRIETO, F. (2019): *Una forma fenicia de ser romano. Identidad e integración de las comunidades fenicias de la Península Ibérica bajo poder de Roma*. Ediciones Universidad de Sevilla, Sevilla.
- MANCIBO DÁVALOS, J. y FERRER ALBELDA, E. (1988-1989): “Aproximación a la problemática de las puntas de flecha en el periodo orientalizante: El yacimiento de Pancorvo. (Montellano, Sevilla)”. *Zephyrus*, 41-42, p. 315-330.
- MARCO SIMÓN, F. (1996): “Romanización y aculturación religiosa: los santuarios rurales”. En S. Reboreda y P. López-Barja (eds.): *A Cidade e o Mundo. Romanización e Cambio Social*. Xunza da Limia, p. 81-100
- MARÍN CEBALLOS, M. C. (2010): “Imagen y culto de Astarté en la Península Ibérica.I: Las fuentes griegas y latinas”. En M.L. de la Bandera y E. Ferrer (coords.): *El Carambolo: 50 años de un tesoro*, Universidad de Sevilla, Sevilla, p. 491-512.
- MATAIX ALBIÑANA, J. J.; BARCIELA GONZÁLEZ, V. y MOLINA HERNÁNDEZ, F. J. (2015): “Grabados rupestres del Cantalar (Tibi, Alicante)”. *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 33, p. 23-41. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5840030.pdf>
- MATEOS VICENTE, R. (2006): “Santuarios litorales y control del territorio”. *Spal*, 15, p. 205-215. http://institucional.us.es/revistas/spal/15/art_10.pdf
- MEDEROS MARTIN A. (1999): “La metamorfosis de Villena. Comercio de Oro, estaño y sal durante el Bronce Final I entre el Atlántico y el Mediterráneo (1625-1300 AC)”. *Trabajos de Prehistoria*, 56.2, p. 115-136.
- MEDEROS MARTIN A. y RUIZ CABRERO, L. A. (2001): “Transhumancia, sal y comercio fenicio en las cuencas de los ríos Vinalopó y Bajo Segura (Alicante). *Lucentum*, XIX-XX, p. 5-38. <http://dx.doi.org/10.14198/LVCENTVM2000-2001.19-20.06>
- MOLINA GONZALEZ, F. (1978): *Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica. Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 3, Granada.
- MONTESINOS PEREZ, J. (1795): *Compendio Histórico Oriolano*. Orihuela.
- MORATALLA JÁVEGA, J. y VERDÚ PARRA, E. (2007): “Pebeteros con forma de cabeza femenina en la Contestania Ibérica”. En M. C. Marín y F. Horn (coords.): *Imagen y culto en la Iberia prerromana: los pebeteros en forma de cabeza femenina*, *Spal* monografías IX, Sevilla, p. 339-366
- MORENO NUÑO, R. (1996): *Informe del estudio faunístico del yacimiento fenicio del Cabezo Pequeño del Estaño de Guardamar (Alicante)*. Original depositado en el Museo Arqueológico de Guardamar del Segura.
- MUÑIZ GRIJALVO, E. (2012): “Isis, diosa del Nilo, y el mar”. En E. Ferrer, M.C. Marín y A. Pereira (coords.): *La religión del Mar. Dioses y ritos de navegación en el Mediterráneo Antiguo*, *Spal Monografías XVI*, Sevilla p. 145-154.
- NEGBI, O. (1976): *Canaanite Gods in Metal*. Tel Aviv University, Tel-Aviv.
- POVEDA NAVARRO, A. M. (1994): “Primeros datos sobre las influencias fenicio-púnicas en el corredor del Vinalopó (Alicante)”. En A. Blanco, J. L. Cunchillos y M. Molina (eds.): *El Mundo Púnico. Historia, Sociedad y Cultura* (Cartagena, 17-19 de noviembre de 1990). Murcia, p. 489-502.
- POVEDA NAVARRO, A. M. (1995): “Ivno Caelestis en la colonia hispanorromana de Ilici”. *Espacio, Tiempo y Forma. Serie II. Hª Antigua*, 8, p. 357-369.
- POVEDA NAVARRO, A. M. (2000): “Penetración cultural fenicia en el territorio indígena del valle septentrional del Vinalopó (Alicante)”. En M.E. Aubet y M. Barthélemy (eds.): *IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, Cádiz, p. 1863-1874.
- PRADOS MARTÍNEZ, F. (2006): “Sobre arquitectura ibérica y dependencias sacras: Un módulo tipificado a debate”. *Lucentum*, XXV, p. 47-69. <https://doi.org/10.14198/LVCENTVM2006.25.04>
- PRADOS MARTÍNEZ, F. (2010): “La arquitectura sagrada. Un santuario del siglo IX a.C.” En A.C. Silva y L. Berrocal (eds.): *O Castro dos Ratinhos. Escavações num povoado proto-histórico do Guadiana*. O Arqueólogo Português, Serie IV, Lisboa, p. 259-276.
- PRADOS MARTÍNEZ, F.; GARCÍA MENÁRGUEZ, A. y JIMÉNEZ VIALÁS, H. (2018): “Metalurgia fenicia en el sureste ibérico: el taller del Cabezo Pequeño del Estaño (Guardamar del Segura, Alicante)”. *Complutum*, 29, p. 79-94. <http://dx.doi.org/10.5209/CMPL.62396>
- PRADOS MARTÍNEZ, F.; GARCÍA MENÁRGUEZ, A. y JIMÉNEZ VIALÁS, H. (2020): “La ciudadela fenicia. Excavaciones arqueológicas en el Cabezo Pequeño del Estaño (Guardamar del Segura, Alicante)”. En *Actualidad de la investigación arqueológica en España II (2019-2020)*. Museo Arqueológico Nacional, Madrid, p. 97-114.
- PRESS, M. D. (2014): *The Iron Age Figurines of Ashkelon and Philistia*, Ashkelon 4, Winona Lake.

- PUECH, E. (2000): "Les points de flèches inscrites de la fin du II millénaire en Phénicie et Canaan" En M.E. Aubet y M. Barthélemy (eds.): *IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, Cádiz, p. 251-269.
- QUESADA SANZ, F. (1989): "La utilización del arco y las flechas en la cultura ibérica". *Trabajos de Prehistoria*, 46, p. 161-201.
- RAMALLO, S. F.; NOGUERA, J. M. y BROTONS, F. (1998): "El Cerro de los Santos y la monumentalización de los santuarios ibéricos tardíos", *Revista de Estudios Ibéricos*, 3, p. 11-69.
- RAMALLO ASENSIO, S. F. (2000): "La realidad arqueológica de la 'influencia' púnica en el desarrollo de los santuarios ibéricos del sureste de la Península Ibérica". *Santuarios fenicio-púnicos en Iberia y su influencia en los cultos indígenas. XIV Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Ibiza, 1999)*, Ibiza, p. 185-217.
- RODRÍGUEZ MUÑOZ, R. (2008): "El uso cúltilo del agua en el mundo fenicio y púnico. El caso de Astarté en Cádiz". *Herakleion*, 1, p. 21-44.
- RODRÍGUEZ OLIVA, P. (2001-2002): "Sobre las esculturas ibéricas e iberorromanas de los territorios malacitanos". *Anales Arq. Murcia*, 16-17, p. 301-320. <https://revistas.um.es/apa/article/view/60111>
- ROMERO RECIO, M. (2008): "Rituales y prácticas de navegación de fenicios y griegos en la Península Ibérica durante la antigüedad". *Mainake*, 30, p. 75-89.
- ROMERO RECIO, M. (2012): "Recetas para tratar el miedo al mar: las ofrendas a los dioses". En E. Ferrer, M.C. Marín y A. Pereira (coords.): *La religión del Mar. Dioses y ritos de navegación en el Mediterráneo Antiguo, Spal Monografías XVI*, Sevilla, p. 107-118.
- ROUILLARD, P., GAILLEDROT, E., MORET, P. y SALA, F. (2007): *Fouilles à la Rábita de Guardamar, II (Guardamar del Segura, Alicante). L'établissement protohistorique de La Fonteta (fin VIII^e Fin VI^e s. av. J.-C.)*. Casa de Velázquez, Madrid.
- ROUILLARD, P. (2010): "La Fonteta/Rábita (Guardamar del Segura, Alicante): las excavaciones hispano-francesas, 1996-2011". En *Guardamar del Segura, Arqueología y Museo*, Catálogo de la Exposición, MARQ, Alicante, p. 80-89.
- ROUX, G. (1984): *Temples et sanctuaires. Travaux de la Maison de l'Orient 7*, Lyon.
- RUIZ DE ARBULO, J. (2000): "El papel de los santuarios en la colonización fenicia y griega en la Península Ibérica". *Santuarios fenicio-púnicos en Iberia y su influencia en los cultos indígenas. XIV Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Ibiza, 1999)*, Ibiza, p. 9-56.
- RUIZ DE HARO, M. I. (2012): "Orígenes, evolución y contextos de la tecnología textil: La producción del tejido en la Prehistoria y en la Protohistoria". *@rqueologia y Territorio*, 9, p. 133-145. http://www.ugr.es/~arqueologyterritorio/Artics9/Artic9_8.htm
- RUIZ MATA, D. (2016): "Las ciudades fenicias del Castillo de Doña Blanca y Cádiz durante el siglo VIII a.C.: mi visión actual según los datos recientes arqueológicos". *Rivista di Studi Fenici*, 44.1, p. 305-318.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. L. (1995): "El significado de la Ría de Huelva en el contexto de las relaciones de intercambio y de las transformaciones producidas en la transición Bronce Final/Edad del Hierro". *Complutum*, p. 129-155.
- SALA SELLÉS, F. y VERDÚ PARRA, E. (2014): "Pebeteros en forma de cabeza femenina en la Contestania. Estado de la cuestión y perspectivas de estudio". En M.C. Marín y A.M. Jiménez (coords.): *Imagen y culto en la Iberia prerromana II: Nuevas lecturas sobre los pebeteros en forma de cabeza femenina. Spal Monografías, XVIII*, p. 19-34.
- SEMPERE LINARES, M. A. (1991): *Talassonímia de Guardamar*. Associació Cultural La Gola, Guardamar del Segura.
- SILVA, A. C.; PRADOS MARTINEZ, F. y BERROCAL-RANGEL, L. (2019): "Le Castro dos Ratinhos (Moura, Portugal). Un des premiers exemples de la colonisation phénicienne dans l'Occident de la Péninsule Ibérique (IX-VIIIe s. av. J.-C.)". En *La vie, la mort et la religion dans l'univers phénicien et punique: Actes du VIIème Congrès International des Études Phéniciennes et Punique*, Vol. 3, Túnez, p. 1817-1834.
- STYLOW, A. (1986): "La Cueva Negra de Fortuna (Murcia) ¿Un santuario púnico?". *Religio Deorum*. Sabadell, p. 449-460.
- VAN DOMMELEN, P. (2006): "Colonial Matters. Material Culture and Postcolonial Theory in Colonial Situations". En C. Tilley, W. Keane, S. Küchler, M. Rowlands y P. Spier (ed.): *Handbook of Material Culture* (London: Sage), p. 104-124.
- VARGAS GIRÓN, J. M. (2020): "Ofrendas de carácter pesquero en santuarios litorales: el caso de La Algaida (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz)", *Spal*, 29.2, p. 236-258. <https://doi.org/10.12795/spal.2020.i29.25>

YADIN, Y. (1963): *Art of Warfare in Biblical Lands in the Light of Archaeological Discovery*, Mc Graw-Hill, New York.
ZIFFER, I.; BUNIMOVITZ, S. y LEDERMAN, Z. (2009): “Divine or Human? An Intriguing Late Bronze Age Plaque Figurine from Tel Beth-Shemesh”. *Ägypten und Levante*, XIX, p. 333-342. <http://austriaca.at/?arp=0x002373d2>

FUENTES

CAYO PLINIO SEGUNDO, “EL VIEJO” (1998), *Historia Natural, Libros III-VI* (trad. y notas de A. Fontán Pérez, I. García Arribas, E. del Barrio Sanz y M. L. Arribas Hernández, Biblioteca Clásica Gredos, 250; Madrid: Editorial Gredos).

POMPONIO MELA (1989), *Corographia* (trad. y notas C. Guzmán Arias; Murcia: Universidad de Murcia).

